

REUNION DE GOBERNADORES DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL Y DEL BANCO MUNDIAL, EN WASHINGTON:

DISCURSO DEL SEÑOR H. JOHANNES WITTEVEEN, PRESIDENTE DEL DIRECTORIO
EJECUTIVO Y DIRECTOR-GERENTE DEL FONDO MONETARIO INTERNACIONAL

Señor presidente, deseo unirme a sus expresiones de agradecimiento al gobernador por Estados Unidos por su cordial bienvenida y al saludo extendido a los delegados e invitados aquí reunidos. Deseo también dar una especial bienvenida a los gobernadores por Guinea-Bissau y Seychelles, que ingresaron al Fondo después de la reunión celebrada en Manila el año pasado.

El informe anual de los directores ejecutivos, que me honro en presentar a ustedes, proporciona un examen completo de la evolución de la economía mundial y del sistema monetario internacional. No voy a tratar de examinar de nuevo minuciosamente las mismas materias. Sin embargo, en vista de lo complejo de la situación actual, y de la importancia de los acontecimientos ocurridos desde que se preparó dicho informe, deseo destacar para su examen unas cuantas cuestiones fundamentales. Me referiré también a algunos aspectos importantes de la labor del Fondo.

En primer lugar permítaseme que formule un comentario sobre el ritmo de recuperación desde la grave recesión internacional de 1974-75. Se recordará que la expansión de la producción en los países industrializados procedió de forma generalmente satisfactoria en la fase inicial de la recuperación, que la tasa de expansión sufrió una fuerte disminución imprevista durante la última parte de 1976, y que a esta 'pausa' siguió un avivamiento bastante extendido del ritmo de actividad económica. Resulta ahora evidente que durante los últimos meses el ritmo de recuperación ha vacilado de nuevo en varios países industriales, especialmente en Europa. En la República Federal de Alemania el PNB real no registró ningún aumento en el segundo trimestre. La expansión económica ha continuado ajustándose estrechamente a las expectativas en Estados Unidos, en tanto que ha ido en descenso en Canadá. En Japón se registró una expansión bastante rápida del PNB real durante los dos primeros trimestres de 1977, pero dicha expansión se centró

en el aumento de ingresos de exportación y en mayores gastos públicos, y no fueron satisfactorios el aumento de la demanda privada interna y el volumen de la importación. Varios de los países industrializados, entre ellos la República Federal de Alemania y Japón, han reaccionado ante esta inesperada coyuntura adoptando medidas de estímulo.

Un aspecto desalentador de la situación actual es el grado en que se ha extendido el desempleo. Tratóndose del conjunto de países industrializados, la tasa global de desempleo sigue siendo muy similar a la del período de mayor recesión de hace dos años y muy superior a las registradas en los años sesenta y los primeros del decenio de 1970. Esto, con razón, es motivo de profunda preocupación para los gobiernos nacionales. Varias clases de medidas concretas de uso actualmente difundido quizá sean de ayuda cuando se trata de los aspectos estructurales del desempleo, pero cualquier reducción de importancia de los niveles de desempleo puede lograrse solo mediante tasas mucho más elevadas de expansión económica. La situación plantea un agudo dilema, puesto que debido a la dura experiencia de los últimos años los gobiernos se sienten naturalmente renuentes a abandonar sus políticas antiinflacionarias para adoptar políticas de mayor estímulo a la demanda interna.

En lo que respecta a la inflación, las tasas de aumento de los precios de la mayoría de los países miembros se han reducido respecto a los niveles excepcionalmente altos de 1974 y 1975, pero son todavía demasiado elevadas para que pueda considerárselas aceptables. Las autoridades nacionales convendrán, según estimo, en que la inflación sigue generalmente constituyendo un grave problema. A más largo plazo, como lo indiqué en mis observaciones ante las reuniones anuales del año pasado, la inflación redistribuye la riqueza y el ingreso, socava la confianza, reduce los incentivos de inversión y distribuye mal los recursos.

Entre los países industriales, la tasa global de aumento de los precios este año es todavía del 7% anual, o solo aproximadamente la mitad de la tasa registrada en el segundo semestre de 1974, pero muy superior a los niveles acostumbrados. Esta tasa global oculta grandes diferencias entre los distintos países. Medidos mediante deflatores generales del PNB, la tasa de inflación es relativamente bastante baja en la República Federal de Alemania y Japón, y es también inferior a la tasa media de los países industriales en Estados Unidos. En el mundo industrializado, las tasas de inflación más altas son con mucho las de Italia y el Reino Unido, aunque los programas de estabilización adoptados por estos dos países en el curso de 1976 han comenzado a producir algunas reducciones de importancia.

Entre los países no industrializados, o países de producción primaria, el panorama económico es muy poco uniforme. En los más desarrollados, el crecimiento del producto total va muy a la zaga del correspondiente al grupo de países industrializados; se espera que el aumento registrado este año de los precios al consumidor sea como promedio del 15%, aproximadamente. Los países en desarrollo no petroleros, que fueron menos afectados por la recesión global que otros grupos de países importadores de petróleo, lograron en 1976 una tasa de inflación del 5% más o menos y probablemente alcancen una tasa aún más alta durante el año en curso. La experiencia de estos países en desarrollo en materia de inflación es bastante irregular, pero la mayoría de ellos han tenido algún éxito en sus esfuerzos por reducir sus tasas de aumento de los precios al consumidor. En el caso de los países exportadores de petróleo, el crecimiento del producto en los últimos años ha sido como término medio del 9% al año, en tanto que los precios al consumidor se han elevado a una tasa de más de 15%.

Las dificultades económicas internas y externas de los últimos años, en particular el elevado nivel de desempleo, han dado lugar a presiones para que se adopten medidas proteccionistas en algunos de los principales países que participan en el comercio. Estos países han podido, por lo general, resistir tales presiones, y han evitado imponer restricciones cambiarias de carácter general para proteger la balanza de pagos. Sin embargo, últimamente, parece observarse cierto aflojamiento en el compromiso contraído por algunos países de mantener un sistema de comercio internacional que esté libre de medidas restrictivas y discriminatorias. Un indicio de ello ha sido la gradual pero definitiva propagación de determinadas restricciones sobre las importacio-

nes; otras señales han sido la llamada moderación voluntaria respecto a las exportaciones, acordada mediante negociación, y el interés expresado en la organización de mercados. Tales restricciones van a sumarse a las dificultades de ajuste que sufren los países más débiles, y en particular a las de algunos países en desarrollo que han aumentado su capacidad de producción de manufacturas y para sus fines dependen ahora en alto grado de un sistema de comercio mundial abierto y cada vez más amplio.

Aunque las medidas proteccionistas pueden constituir una respuesta natural a las elevadas tasas de desempleo y bajas de crecimiento, no es probable que dichas medidas proporcionen un alivio que no sea a muy corto plazo. El crecimiento del comercio internacional sin duda impediría la proliferación de restricciones comerciales, lo que produciría inevitables repercusiones para los países que las impongan. Sin embargo, es alentador que en varias ocasiones los gobiernos hayan reafirmado su oposición al proteccionismo y recalado su intención de participar vigorosamente en las amplias negociaciones comerciales de Ginebra. Abrigo la esperanza de que estas negociaciones tengan éxito y den nuevo ímpetu a la expansión del comercio mundial.

Señor presidente, he señalado que los países miembros del Fondo tienen ante sí problemas de tasas de crecimiento generalmente subnormales, elevado desempleo y creciente proteccionismo. Estos problemas predominan en un clima económico caracterizado por una persistente inflación, a la que en algunos países se une la debilidad de la posición externa.

En esta situación, los países industrializados, al igual que la mayoría de los otros países miembros, han hecho primordialmente hincapié en sus políticas de demanda para combatir la inflación y, cuando ha sido necesario, para fortalecer su posición externa en los próximos años. Esta prioridad se basa en la firme creencia de que tal enfoque producirá a la larga los mejores resultados respecto al crecimiento económico y al empleo. Al propio tiempo, en el enfoque que se ha adoptado se prevé, por lo menos para el grupo de países industrializados, el logro de una tasa de crecimiento económico suficientemente alta para poder reducir gradualmente el desempleo.

En el informe anual del año pasado se recomendaba esta estrategia general de política, y las metas y expectativas nacionales eran, en términos generales, compatibles con ella. La dificultad que se presenta ahora con claridad es que estas expectativas no se han convertido en realidad. El ritmo de recuperación económica en el grupo de países industrializados ha

sido tan lento que han resultado afectados adversamente el desempleo y el comercio exterior (incluida la exportación de los países en desarrollo) dándose al propio tiempo pábulo al proteccionismo. Este asunto es objeto de profunda preocupación.

Una cuestión que surge inmediatamente se refiere a las razones para que se haya registrado una "pausa" en la recuperación y expansión cíclicas durante el segundo semestre de 1976 y de la nueva atonía observada en el ritmo de actividad en los últimos meses. En parte, la explicación está en la forma en que se aplica la política fiscal. En todo el mundo industrializado, parte del estímulo fiscal aplicado en 1975 se eliminó de conformidad con un plan para moderar el aumento de la demanda agregada durante la fase de recuperación del ciclo. Sin embargo, en varios países industrializados, la modificación de la política fiscal para lograr la moderación ha llegado a ser mayor de lo que se había intentado. La última sorprendente "insuficiencia" en el gasto fiscal se ha registrado en la República Federal de Alemania, donde, según indicios, la reducción del déficit del sector público será de nuevo este año mayor de lo proyectado.

La decisión de los países industriales de cambiar en 1976 su postura respecto a la política fiscal se basó en un supuesto de importancia primordial: el de que la inversión fija reanudaría pronto su ritmo de expansión y pasaría a ser un importante factor en el sostenimiento de la intensificación de la actividad económica general durante el segundo semestre de 1976 y después de entonces. De hecho, como es bien sabido, el comportamiento de las inversiones fijas de las empresas ha sido muy insatisfactorio, es decir, bastante diferente de la modalidad de las recuperaciones económicas anteriores. Mirando retrospectivamente, esto no es sorprendente en el caso de aquellos países para los que fue necesario adoptar políticas de demanda muy restrictivas a fin de poder hacer frente a grandes desequilibrios de los pagos y a una grave inflación. Pero el aumento de la inversión también se ha quedado a la zaga en países económicamente más fuertes, aunque en Estados Unidos ha ganado impulso en los últimos trimestres.

Naturalmente, las explicaciones inmediatas que pueden darse sobre este comportamiento desusado de la inversión pueden buscarse en el bajo nivel de rendimiento y las tasas relativamente bajas de utilización de la capacidad. Pero dichos factores también se encontraron presentes en recesiones anteriores. Es evidente que varias influencias de carácter algo diferente deben contribuir a este estado deprimido de la inversión fija. Creo que de importancia

básica es la cautela con que la comunidad empresarial hace frente a situaciones de incertidumbre. Aunque no en el mismo grado, hay en los distintos países incertidumbre acerca de la futura tasa de inflación, el alcance y carácter de la reglamentación oficial, el movimiento de los tipos de cambio, el riesgo de que se impongan nuevas restricciones al comercio y el mantenimiento de la estabilidad política. Además, las relaciones entre los costos y los precios —especialmente respecto al costo marcadamente superior de la energía— han producido probablemente un efecto desusadamente depresivo en el rendimiento de la inversión durante los últimos años. En muchos países industrializados, varios cambios estructurales registrados en la economía mundial quizá estén también perjudicando la inversión; por ejemplo, el éxito obtenido por los países en desarrollo en sus esfuerzos de expansión de la capacidad manufacturera significa que algunos sectores de la industria en países industrializados han pasado a ser improductivos y deben contraerse.

En la actual compleja situación, no hay soluciones fáciles para los problemas planteados por una inversión rezagada y un lento crecimiento económico. Los problemas están relacionados entre sí, y la importancia relativa que en cualquier enfoque de política se dé a distintos factores varía de país a país. Pero pueden sugerirse algunos lineamientos.

En primer lugar, cabe hacer hincapié en que al seguir cierta estrategia de política es muy conveniente mantener la constancia para reducir la incertidumbre y alentar la inversión. Dicha constancia no requiere el "afinamiento" de política, que no es ni factible ni conducente al restablecimiento de la confianza del público en las políticas gubernamentales. Pero si supone la necesidad de ajustar las políticas oportunamente para evitar la desviación acumulativa respecto al equilibrio a medio plazo. Como lo he mencionado anteriormente, el Fondo apoyó la estrategia de política económica seguida por los países industrializados, y recomendamos que, en el actual clima inflacionario, los gobiernos no deben, como lo han hecho en el pasado, matizar en pro del crecimiento los riesgos que plantean las políticas. La mayoría de los gobiernos han seguido esta recomendación, pero ahora parece que no se alcanzarán las metas y expectativas nacionales. El crecimiento de la demanda interna ha sido muy inferior a la que se requiere conforme a nuestra estrategia, en particular en países con fuertes posiciones externas. Además, creo que debe hacerse ahora algún esfuerzo especial para reducir la inflación.

En el clima actual de elevada inflación, combinado con la atonía económica, parecería especialmente ne-

cesario para los gobiernos hacer todo lo que esté a su alcance en la difícil esfera de la política de ingresos. Al respecto, la pronunciada reducción de los precios de los productos primarios que tuvo lugar a mediados de 1977 ofreció una buena oportunidad para lograr la desaceleración de los aumentos de salarios y precios. Esto podría fortalecerse proporcionando estímulo fiscal, en los países donde fuera necesario, en forma de reducciones tributarias. En la formulación y operación de las políticas de ingresos, podrían tenerse en cuenta estos dos elementos de manera que se produzca el mayor efecto posible en los movimientos de salarios y precios.

Aun si se siguiera firmemente una estrategia general de política y se realizaran esfuerzos para reducir la inflación, todavía sería necesario adoptar medidas adicionales. Entre ellas podrían incluirse, por ejemplo, políticas destinadas a mejorar las condiciones de oferta y aliviar las presiones de los costos. Además, en vista de las dificultades de carácter estructural con que se ha tropezado en varios sectores, muchos países industrializados necesitan desarrollar una política activa de reorientación estructural y racionalización de las industrias manufactureras; esto deberá hacerse con el claro objetivo de dar más cabida a los productos de importación procedentes de los países en desarrollo y ayudar a originar un clima favorable para la división internacional del trabajo en un sistema de comercio libre. Finalmente, aun cuando una reducción de mayor magnitud de la inflación y el retorno a un ambiente económico más estable los requisitos esenciales para una inversión más elevada, se puede y se debe fortalecer la inversión mediante políticas destinadas a mejorar la tasa de rendimiento del capital. En los países en desarrollo, los incentivos para realizar inversiones, especialmente con respecto a la capacidad de la industria manufacturera, se acrecentarían si sus productos tuvieran un acceso más libre a los mercados de los países industrializados. Además, el hecho mismo de que los países en desarrollo encuentran difícil generar un ahorro interno suficiente para financiar programas de inversión, destaca la importancia de elevar la corriente de capital y de asistencia de los países industrializados al mundo en desarrollo, lo que, a su vez, conduciría a una demanda adicional de los productos de exportación de los propios países industrializados.

He expuesto el tema de una estrategia general adecuada de política mayormente con referencia al grupo de países industrializados. No obstante, como espero haberlo expuesto claramente en mis observaciones, la estrategia no puede aplicarse unifor-

mente a todos los países, sino que, al contrario, deben tomarse en cuenta la fortaleza o la debilidad de la situación externa. Esta consideración nos lleva a un asunto de importancia vital, a saber, el funcionamiento del proceso de ajuste internacional.

La importancia del proceso de ajuste en las actuales circunstancias es evidente bajo dos aspectos. El primero es que varios países enfrentan ahora cuantiosos desequilibrios en los pagos. A falta de programas satisfactorios de ajuste interno y externo, la situación de dichos países simplemente habrá de deteriorarse. Tales países necesitan adoptar con urgencia políticas que aseguren una reducción de sus déficit en cuenta corriente a niveles que puedan financiarse mediante corrientes de capital sostenibles y con una estructura de la deuda externa que sea susceptible de administrar. El segundo aspecto importante del proceso de ajuste se refiere a los países cuya posición externa es vigorosa; para ellos, el curso adecuado de política es adoptar medidas de carácter expansionario suficientemente fuertes para asegurar la consecución de sus propios objetivos internos, ayudando así a restaurar un crecimiento satisfactorio del comercio mundial y prestando asistencia a los esfuerzos de ajuste de los países deficitarios.

Cuando se celebraron las reuniones anuales pasadas era evidente que había llegado el momento —como lo dije en Manila— de hacer mayor hincapié en el ajuste de las posiciones externas y menos en la simple financiación de los déficit. Desde entonces, varios países deficitarios han adoptado importantes medidas de ajuste y otros de ellos deberán hacerlo con urgencia. No obstante, el funcionamiento del proceso de ajuste ha sido perjudicado por la falta de tasas de expansión adecuadas de la demanda interna en algunos de los países relativamente fuertes.

He de destacar que todos los países que se encuentran en una situación relativamente fuerte tienen una responsabilidad internacional en materia de mantenimiento de un crecimiento adecuado de la demanda interna. Puede esperarse que, a medida que el proceso de ajuste internacional evolucione, un mayor número de países —tanto desarrollados como en desarrollo— dominen sus problemas de inflación y balanza de pagos y adquieran el vigor suficiente para contribuir al crecimiento de la economía mundial. Entretanto, en las circunstancias que han prevalecido en los últimos años, inevitablemente se ha concentrado la atención en Estados Unidos, la República Federal de Alemania y Japón, países que en razón de la magnitud de sus economías pueden producir efectos de importancia en el ritmo del comercio y la actividad económica en todo el mundo.

Las economías alemana y japonesa presentan algunas características comunes: tasas de inflación relativamente bajas, un vigor excepcional de su posición externa, un crecimiento lento de la demanda interna y una tendencia a la apreciación del tipo de cambio. Desde comienzos de 1976, el valor externo del marco alemán y el yen se ha apreciado en un 15% con relación a una combinación de otras monedas importantes, hecho que, por sí mismo, tiende a producir una disminución de la demanda interna.

Las medidas estimulantes adoptadas recientemente por la República Federal de Alemania y Japón resultan esenciales a los efectos de alcanzar los objetivos internos y ciertamente merecen una buena acogida desde el punto de vista internacional. En razón de las dificultades y situaciones imponderables involucradas en la dirección de la política económica en la economía industrial moderna, estoy seguro de que las autoridades alemanas y japonesas habrán de evaluar cuidadosamente los acontecimientos que ocurran el año venidero. Y confío que estarán dispuestos a adoptar otras medidas de estímulo en el caso de que el rendimiento de sus economías internas no mejore apreciablemente.

Al dirigir la atención hacia los Estados Unidos, debe notarse en primer lugar que la economía de este país experimentó un crecimiento rápido del PNB real durante los dos primeros trimestres del presente año. No hubo la intención ni se esperaba sostener la tasa de crecimiento alcanzada —que tuvo un promedio cercano al 7% en dichos dos trimestres— y la economía se encuentra ahora en proceso de cambio a un ritmo más moderado de expansión. Permítaseme que haga hincapié en la importancia que para el resto del mundo reviste que la expansión de la economía de los Estados Unidos se mantenga a una tasa satisfactoria. A este respecto, los acontecimientos en el lado externo no señalan la necesidad de una moderación fiscal y monetaria de los Estados Unidos más allá de la que se requiere por razones internas para fines de reducir la inflación. Fundamento este criterio, entre otras cosas, en el hecho de que el déficit en cuenta corriente de los Estados Unidos está acompañado de grandes entradas de capital.

En estas observaciones acerca del proceso de ajuste he destacado la necesidad de que los países que se encuentran en posiciones externas relativamente fuertes alcancen un crecimiento más rápido de la demanda interna. Otro requisito importante del proceso de ajuste se relaciona con el suministro de financiación oficial a los países deficitarios, financiamiento que se proporcione en cantidades suficientemente cuantiosas, durante largos períodos, y en con-

diciones adecuadas. Me satisface manifestar que, con la terminación de las labores para crear el nuevo servicio de financiamiento suplementario, el Fondo estará en situación de hacer una contribución importante a este respecto.

El servicio de financiamiento suplementario surge en un momento oportuno y encaja bien dentro de las actuales circunstancias de la economía mundial. Mientras el servicio financiero del petróleo tenía la finalidad de ayudar a mitigar las fuerzas deflacionarias en una atmósfera recesionaria, la característica esencial del servicio de financiamiento suplementario radica en el ajuste durante un período de recuperación y expansión que hasta ahora ha sido más bien débil. A los efectos del servicio de financiamiento suplementario se reconoce que varios de los países miembros del Fondo tienen desequilibrios externos que son muy cuantiosos con relación a sus economías, y se permite al Fondo alentar a tales países miembros a que adopten programas de ajuste poniendo a su disposición cantidades para fines de financiamiento mucho mayores que conforme a las políticas ordinarias de tramos de crédito. Al propio tiempo, los períodos que hayan de abarcar los acuerdos de derecho de giro y las recompras serán más prolongados que los ordinarios de manera que puedan seguirse las políticas de ajuste en una forma más gradual y que los efectos restrictivos necesarios sobre la demanda puedan extenderse por más tiempo.

Los países industrializados y los exportadores de petróleo han contraído compromisos para conceder préstamos al Fondo a fin de dar apoyo al servicio de financiamiento suplementario. La cooperación de dichos países en la creación de ese servicio destaca el interés de ellos tanto en la aplicación de políticas de ajuste idóneas por los países deficitarios como en la estabilidad general del sistema monetario internacional. Espero que los posibles prestamistas puedan concertar con el Fondo los acuerdos necesarios para que el servicio pueda iniciar sus operaciones a la mayor brevedad posible.

Hasta el momento, los compromisos para conceder préstamos al Fondo para el servicio de financiamiento suplementario ascienden a un total aproximado de DEG 8.400 millones —unos US\$ 10.000 millones— y hay posibilidades de que estas sumas aumenten. Durante el período en que funcione el servicio, el Fondo estará preparado también para concertar acuerdos de préstamo con otros prestamistas que se encuentren en posiciones externas suficientemente fuertes. Los títulos de crédito contra el Fondo, que se crearán en virtud de los acuerdos de préstamo,

constituirán activos internacionales de reserva convenientes, con una tasa de interés atractiva y alto grado de liquidez.

El servicio ayudará a proporcionar confianza en el sistema monetario internacional al asegurar que el Fondo tiene suficientes recursos disponibles de manera inmediata para prestar asistencia a los países miembros que enfrenten problemas difíciles de ajuste externo. En los últimos años la liquidez del Fondo ha estado en una situación tirante. Esta situación se mitigará cuando el servicio de financiamiento suplementario entre a funcionar y la liquidez del Fondo se fortalecerá aún más cuando entren en vigencia los aumentos de cuota en virtud de la sexta revisión, luego de la ratificación de la segunda enmienda. Insto a los miembros que no lo hayan hecho todavía a que tomen las providencias necesarias para ratificar la segunda enmienda de manera que pueda entrar en vigor aproximadamente a fines de año.

La necesidad del Fondo de obtener recursos en préstamo durante los últimos años refleja el hecho de que el crecimiento de las cuotas del Fondo no ha marchado al ritmo del crecimiento del comercio y los pagos y de los desequilibrios de las transacciones externas de los miembros. Esto se ha demostrado ampliamente no solo por la exigencia que se hace de la liquidez del Fondo, sino también por la necesidad de establecer servicios que habiliten a sus miembros para utilizar los recursos del Fondo mucho más allá de la relación tradicional con sus cuotas en el Fondo. Si bien la obtención de recursos en virtud del servicio de financiamiento suplementario ayudará a enfrentar esta situación durante los próximos dos años, es preciso que se busque una solución a más largo plazo en un nivel más adecuado de cuotas antes que en una dependencia respecto de la obtención de préstamos especiales. Espero que las deliberaciones actuales acerca de la séptima revisión de cuotas producirá como resultado un paso de importancia en esa dirección.

Además de asegurar que el total de las cuotas proporcione una fuente adecuada de liquidez condicional a sus miembros, el Fondo debe preocuparse de la oferta global y composición de las reservas inter-

nacionales. En el informe anual se destacan los cambios en la oferta de reservas desde la flotación del dólar de los Estados Unidos y la posterior expansión de los mercados internacionales de crédito. A consecuencia de estos acontecimientos, los gobiernos de países dotados de capacidad crediticia enfrentan ahora una oferta de reservas altamente elástica, tanto individualmente como en conjunto. De esta situación se deriva una falta de control de la cantidad de la liquidez internacional. En mi opinión, este aspecto del sistema monetario internacional plantea graves cuestiones con respecto a la inflación y al proceso internacional de ajuste.

En este campo de la liquidez internacional, el Convenio Constitutivo enmendado fija dos importantes objetivos: fomentar una mejor vigilancia internacional de la liquidez internacional y hacer que el derecho especial de giro constituya el principal activo de reserva del sistema monetario internacional. Se puede pensar que estos objetivos guardan relación, por una parte, con preocupaciones de carácter cuantitativo y, por la otra, con consideraciones de índole cualitativa, inclusive la distribución y composición de la liquidez internacional.

Al juzgar la suficiencia de una nueva asignación de derechos especiales de giro, el Fondo tendrá que tomar en cuenta ambos objetivos. Si bien existe alguna preocupación respecto de que una nueva asignación de derechos especiales de giro pudiera dar un nuevo impulso a las fuerzas inflacionarias, tal asignación podría mejorar la distribución y composición de la liquidez. Se requerirá un estudio cuidadoso para conciliar estos objetivos cuantitativos y cualitativos y encontrar el equilibrio correcto.

Señor presidente, he centrado mis observaciones en los problemas y dificultades que enfrentamos a fin de promover una discusión acerca de cómo se los podría resolver. Al hacerlo, no deseo minimizar la mejora del cuadro económico general que hemos presenciado el año pasado o en los últimos dos años. Solo debemos recordar la sombría perspectiva de 1974 para apreciar lo mucho que se ha alcanzado. Esto debe alentarnos para abordar las dificultades restantes con determinación y dentro de un continuado espíritu de cooperación internacional.

DISCURSO DEL SEÑOR ROBERT S. McNAMARA, PRESIDENTE DEL GRUPO DEL BANCO MUNDIAL

I — INTRODUCCION

Al pasar revista a lo que ha ocurrido en el mundo en desarrollo desde que nos reunimos por última vez en esta asamblea, se destacan, en mi opinión, dos puntos importantes.

El primero y más evidente es que las perspectivas económicas inmediatas, aunque todavía inciertas, han mejorado considerablemente.

Recordarán cual era la situación hace doce meses. Las cifras de los resultados obtenidos por las naciones en desarrollo en 1975 confirmaban que su tasa media de crecimiento del PNB no pasaba de 3,7%, lo que suponía una disminución muy fuerte en comparación con los promedios del decenio de 1960.

El ingreso per cápita de los países más pobres, insuficiente en el mejor de los años, se había quedado estancado.

Las naciones en desarrollo de ingresos medios se enfrentaban a un endeudamiento externo creciente y a difíciles problemas de ajuste.

Por último, las operaciones futuras del propio Banco Mundial se veían amenazadas por graves dificultades: las negociaciones para la quinta reposición de los recursos de la Asociación Internacional de Fomento —AIF— se habían retrasado repetidas veces y la incertidumbre acerca del aumento del capital del Banco era considerable.

No era una situación muy tranquilizadora. Sin embargo, hoy las perspectivas son más halagüeñas.

Los datos de los resultados de 1976 indican que la tasa media de crecimiento de los países en desarrollo ha aumentado a 4,7%, y ahora que las negociaciones para la quinta reposición de los recursos de la AIF han concluido con éxito y que existe un amplio consenso en cuanto a que debe aumentarse en términos reales el programa de operaciones crediticias del Banco y también llevarse a cabo una ampliación de su capital, las incertidumbres respecto del futuro de las operaciones financieras del Banco Mundial se han resuelto en gran medida.

Las perspectivas del período que se avecina son, por lo tanto, notablemente mejores que hace doce meses. Y sin embargo, tras de esta mejora inmediata y a corto plazo en el panorama global del desarrollo —y disimulado parcialmente por ella— se oculta un problema más profundo y perturbador. Se trata de lo siguiente:

A los intentos fracasados de la comunidad internacional por llegar a acuerdos fundamentales ha

seguido un cierto paréntesis de inquietud y preocupación. Hay un sentimiento de insatisfacción generalizada y creciente con los resultados de los prolongados debates que han tenido lugar en diversos foros internacionales durante los dos últimos años.

El séptimo período extraordinario de sesiones de la Asamblea General de las Naciones Unidas, el cuarto período de sesiones de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo —UNCTAD— en Nairobi, las dilatadas reuniones del Diálogo Norte-Sur, en París, y otras varias asambleas de este tipo, se han celebrado y han pasado, pero los problemas más urgentes siguen en gran medida sin resolver.

Se ha llegado a algunos acuerdos parciales, se han reducido algunas diferencias y ha surgido cierto deseo de pactar. Pero es evidente que ni las naciones desarrolladas ni las que están en proceso de desarrollo, ni los países con superávit de capital ni los deficitarios, ni el Norte ni el Sur están realmente satisfechos con los resultados. En el mejor de los casos, el ambiente actual es de pesar y decepción; y en el peor, de frustración y desilusión.

No es un ambiente muy prometedor para lograr lo que más se necesita, que es llegar a un entendimiento básico acerca de cuáles son los problemas del desarrollo y cuál es el modo de resolverlos.

Ahora bien, hay dos tipos de actividades que se pueden emprender para mejorar ese ambiente.

Unas son las encaminadas a evitar que los aspectos políticos de la situación sigan endureciéndose hasta llegar a un punto muerto. Naturalmente, este es en esencia un problema político y, como tal, sobrepasa al mandato del Banco. Esta fue la razón por la que el pasado mes de enero sugerí que se formara una comisión de alto nivel, totalmente independiente y deliberadamente no oficial, integrada por líderes políticos experimentados de los países desarrollados y en desarrollo, que pudiera evaluar la situación de estancamiento del Diálogo Norte-Sur y recomendar otras opciones viables.

Propuse que alguien de la experiencia y estatura políticas de Willy Brandt, el ex-canciller de la República Federal de Alemania, convocara tal comisión y fuera su presidente. Sigo esperando que el señor Brandt acepte esta tarea, reúna a un grupo distinguido de personas para formar la comisión, aliste un equipo de expertos y comience los trabajos. Esta sería una iniciativa importante para ayudar a eliminar los obstáculos que se oponen a una

cooperación internacional más eficaz en pro del desarrollo.

La segunda clase de actividad útil en la actualidad sería paralela y complementaria a la de índole política. Se trata de la necesidad de realizar un análisis amplio y continuado de los problemas del desarrollo, es decir, llevar a cabo un esfuerzo práctico y sostenido por integrar los diversos componentes que intervienen en el desarrollo en un esquema más comprensible y por explorar y evaluar las vinculaciones críticas entre dichos componentes, vinculaciones que a menudo se sustentan recíprocamente o se interfieren gravemente de manera que no son evidentes a primera vista; en otras palabras, un análisis que establezca con claridad los costos y beneficios, tanto para los países desarrollados como para los que están en vías de desarrollo, de los distintos modos de abordar los problemas clave.

Lo cierto es que la falta de conocimientos así de sistemáticos y detallados con frecuencia dificulta a los gobiernos la tarea de formular políticas adecuadas de desarrollo a largo plazo con un conocimiento pleno de sus repercusiones más amplias. El resultado es que la cooperación internacional eficaz se ve impedida.

Un buen ejemplo es el problema de la población. La comunidad internacional no está sino comenzando gradualmente a entender las complicadas relaciones recíprocas entre unas políticas de desarrollo muy específicas y las tendencias de la fecundidad. Las vinculaciones críticas están así, y llevan ahí muchos años, pero incluso hoy día nuestra comprensión de ellas es solo muy tenue. La consecuencia inevitable han sido unos programas de población fragmentarios e ineficaces en casi todas partes, y el propio Banco no ha sido excepción a esta regla.

Lo que es cierto en el campo de la población es cierto también en el caso de otros muchos problemas fundamentales del desarrollo. La comunidad internacional no cuenta en la actualidad con ningún mecanismo analítico plenamente adecuado para evaluar los complejos fenómenos del desarrollo y, por lo tanto, con ningún medio totalmente apropiado de evaluar los diferentes modos de hacerles frente. Tampoco dispone de un patrón satisfactorio con el que medir los progresos del esfuerzo cooperativo.

A comienzos de este año, diversos líderes políticos de países desarrollados y en desarrollo propusieron que el Banco Mundial iniciara los trabajos de un proyecto de esa índole, de algo que podría denominarse "Informe sobre el desarrollo mundial".

Creo que esta propuesta es interesante y ya la he discutido con los directores ejecutivos del Banco, el presidente del Comité para el Desarrollo, la ad-

ministración del Fondo Monetario Internacional—FMI— y otras partes interesadas.

Hoy quiero examinarla más a fondo con ustedes, pero antes de hacerlo desearía repasar algunos de los problemas fundamentales del desarrollo que es preciso integrar en ese esquema general.

De manera específica, deseo:

Examinar brevemente lo que podemos aprender del historial del desarrollo en el pasado;

Discutir los elementos de una estrategia eficaz para acelerar el crecimiento económico, tanto en los países en desarrollo más pobres como en los de ingresos medios;

Sugerir el modo en que los beneficios de ese crecimiento pueden orientarse en mayor medida a satisfacer las necesidades humanas básicas de los que viven en la pobreza absoluta;

Exponer las proyecciones de las operaciones financieras del Banco que se precisan a corto plazo para apoyar la aceleración del crecimiento y el ataque a la pobreza absoluta, e

Indicar, por último, los pasos iniciales que se pueden dar para elaborar el "Informe sobre el desarrollo mundial" propuesto.

Permítanme, pues, que comience con lo que podemos aprender del historial del desarrollo en el pasado.

II — HISTORIAL DE VEINTICINCO AÑOS DE DESARROLLO (1)

Es un historial realmente notable y sin precedentes. Nunca un grupo tan grande de seres humanos—dos mil millones de personas— ha logrado tanto crecimiento económico en tan poco tiempo.

En el cuarto de siglo transcurrido entre 1950 y 1975, el ingreso per cápita medio del mundo en desarrollo creció a una tasa superior a 3% al año. En una etapa comparable de su desarrollo, los países que ahora son industrializados necesitaron mucho más tiempo para llegar tan lejos y lograron un crecimiento anual de su ingreso per cápita de alrededor de 2% solamente.

Además, el éxito logrado no fue exclusivamente económico; también se hicieron importantes progresos en el plano social. La esperanza media de vida, por ejemplo, aumentó de unos cuarenta a cincuenta años. Aunque esta longevidad es todavía un 30% inferior a la que se registra actualmente en las naciones industrializadas, a Europa occidental le llevó un siglo alcanzar lo que los países en desarrollo han logrado en veinticinco años.

(1) Tengo una deuda de gratitud con David Morawetz por su perspicaz estudio de este tema.

Crecimiento del PNB per cápita de los países en desarrollo

Región	Población en 1975. En millones	PNB per cápita (US\$ de 1976)		Tasa porcentual de crecimiento anual, 1951-75
		1950	1975	
Asia meridional	830	85	130	1,8
Asia oriental	337	170	435	3,9
África al Sur del Sahara	309	175	285	2,0
América Latina	309	550	1.050	2,6
Norte de África y Oriente Medio	158	385	1.300	5,0
Europa meridional	117	555	1.815	4,9
Total	2.060	210	520	3,7

Estos tuvieron tanto éxito en la reducción de sus tasas de mortalidad —mediante la erradicación de algunas de las enfermedades más graves o la disminución radical de su incidencia— que un resultado no pretendido fue que sus poblaciones comenzaron a crecer a tasas inaceptablemente elevadas.

En el período de 1950 a 1975 se sumaron a la población del mundo en desarrollo más personas que las que constituyen la población actual total del mundo desarrollado. Fue el efecto demográfico no de unas tasas de natalidad más elevadas, sino de unas tasas de mortalidad más reducidas.

Sin contar a la República Popular de China, la población de los países en desarrollo aumentó de 1.100 millones a 2.000 millones de habitantes entre 1950 y 1975, esto es, a una tasa anual de crecimiento de 2,4%, alrededor del doble de la de las naciones desarrolladas.

Un imperativo urgente de nuestro tiempo es que las tasas de natalidad se equilibren con mayor rapidez con las tasas de mortalidad, y en el discurso que pronuncié hace algunos meses en el Massachusetts Institute of Technology ya esboqué la compleja dinámica de este problema.

No obstante, lo cierto es que ha sido una hazaña asombrosa del mundo en desarrollo el absorber 900 millones de personas en su población en un período tan corto, logrando al mismo tiempo cierta mejora en su nivel medio de vida. Si el crecimiento de la población no hubiera sido tan rápido, la mejora hubiera sido aún más notable.

Con todo, a pesar de ese enorme aumento del número de habitantes, el mundo en desarrollo cuenta hoy día con un volumen marginal de alimentos por persona mayor, como promedio, que el disponible hace un cuarto de siglo. Durante los diez últimos años en particular, el consumo de calorías per cápita parece haber aumentado en cuarenta y siete países en desarrollo por lo menos.

Estas naciones han logrado también aumentar su nivel de alfabetización. Hace veinticinco años había 65 millones de niños en las escuelas primarias, mientras que actualmente hay 260 millones. Entonces había solo siete millones de alumnos en instituciones de educación secundaria y superior, en tanto que hoy acuden a ellas 65 millones. En 1950, solamente un tercio de su población adulta sabía leer y escribir, mientras que hoy más de la mitad sabe.

Gran parte de este progreso social fue posible porque el ingreso per cápita en términos reales del mundo en desarrollo se duplicó con creces durante ese período, como se puede observar en el cuadro siguiente.

Como puede verse, a pesar de las dificultades fue un cuarto de siglo de progreso notable.

Sin embargo, con mucha frecuencia no se considera como tal. Para muchas personas de las naciones desarrolladas —quizás para la mayoría— los problemas del mundo en desarrollo son mucho más reales que su progreso.

Y no es esta una opinión que compartan exclusivamente los observadores externos. En los propios países en desarrollo, a muchos el progreso les parece enormemente lento, y las esperanzas se desvanecen y el desaliento crece a medida que aumenta la distancia entre las expectativas y los logros.

Hay, por supuesto, muchas razones para esta actitud, algunas válidas pero otras totalmente engañosas y poco realistas.

Permítame que me refiera en particular a dos opiniones acerca del desarrollo internacional que son comunes en la actualidad, y que examine brevemente su validez.

Cerrar la brecha

La primera tesis es que el desarrollo, a pesar de todos los esfuerzos de los últimos veinticinco años, no ha logrado cerrar la brecha entre los ingresos per cápita de los países desarrollados y en desarrollo, brecha que en sus extremos llega a una cifra superior a US\$ 8.000 per cápita en términos monetarios.

Esta tesis es cierta. Ahora bien, la conclusión a derivar de ella no es que los esfuerzos en pro del desarrollo han fracasado, sino más bien que "cerrar la brecha" nunca fue un objetivo realista en primer lugar. Teniendo en cuenta las enormes diferen-

cías en cuanto a base tecnológica y de capital entre las naciones industrializadas y los países en desarrollo, simplemente no era una meta viable, y tampoco lo es hoy día (2).

CUADRO II

Brechas relativas entre los ingresos; ingresos per cápita de los países en desarrollo como porcentaje de los ingresos de las naciones desarrolladas (a)

Países en desarrollo	1950	1960	1975
Países más pobres (b)	6,1	4,0	2,6
Países de ingresos medios.....	20,8	18,3	17,0
Países exportadores de petróleo (b)	n.d.	16,1	22,6
Todos los países en desarrollo....	11,9	9,7	9,2

(a) Los datos relativos a los ingresos que se han empleado para preparar este cuadro reflejan conversiones monetarias a los tipos de cambio oficiales, más bien que el poder adquisitivo comparativo. Si se hubiera dispuesto de comparaciones del poder adquisitivo, estas hubieran mostrado probablemente tendencias similares de los ingresos, pero brechas de menor magnitud. (b) Se ha incluido a Indonesia en la categoría de "países más pobres".

Como puede observarse en el cuadro anterior, a pesar de las elevadas tasas de crecimiento que los países en desarrollo han alcanzado durante el período de veinticinco años que examinamos, la brecha relativa entre los ingresos se ensanchó en lugar de estrecharse, con la única excepción del caso de los países exportadores de petróleo.

Las brechas entre los ingresos son importantes. Nos dicen mucho acerca de las desigualdades existentes en el mundo, tanto entre las distintas naciones como dentro de cada nación, y ponen en evidencia que los países más ricos pueden claramente otorgar mayor asistencia financiera a las naciones pobres.

Ahora bien, el que estas últimas hagan de cerrar esa brecha su principal meta de desarrollo es simplemente una receta para una frustración necesaria.

Lo que constituye un objetivo mucho más importante es tratar de reducir las diferencias entre ellas y las naciones desarrolladas en lo referente a la calidad de la vida, es decir, en cuanto a nutrición, alfabetización, esperanza de vida y ambiente físico y social.

Estas diferencias ya han comenzado a reducirse y se pueden aminorar mucho más en un tiempo razonable. Más adelante me referiré a los medios para lograrlo.

Eliminación de la pobreza

Otra opinión acerca de los resultados obtenidos por los países en desarrollo durante el último cuarto de siglo es que estos no han conseguido eliminar, ni

siquiera reducir de forma significativa, la pobreza masiva en su seno.

De nuevo, esta tesis es cierta, aunque engañosa; a diferencia de lo que ocurre con la meta de "cerrar la brecha", la reducción de la pobreza es un objetivo realista, y de hecho absolutamente esencial. Es cierto que las políticas de algunos países en desarrollo en esta materia han sido ineficaces. En retrospectiva, es evidente que se puso demasiada confianza en la creencia de que el crecimiento económico rápido resultaría automáticamente en la reducción de la pobreza, es decir, en la premisa de que los beneficios se irían "filtrando" progresivamente hasta llegar a las capas más pobres de la sociedad. Desde hace ya varios años, en el Banco y en los países a los que servimos hemos venido esforzándonos por formular estrategias eficaces para ayudar directamente a esos grupos más pobres.

Las estrategias que están surgiendo ahora deben por supuesto aplicarse de maneras muy diferentes a los distintos grupos pobres. Lo que es eficaz para el pequeño agricultor que posee media hectárea de tierra puede ser impropio para el trabajador desempleado que vive en los tugurios urbanos.

Hay métodos para hacer frente eficazmente al problema de la pobreza masiva, pero con ninguno de ellos se puede rematar completamente la tarea en una sola explosión de actividad o durante un plan quinquenal especializado, y ni siquiera en un decenio de decidido esfuerzo.

El tiempo necesario depende en gran medida de las estructuras institucionales con que se cuente para aplicar las políticas adecuadas, y en muchos de los países en desarrollo esas estructuras empiezan ahora a funcionar.

El número de personas capacitadas, la amplitud de la infraestructura económica y social y la experiencia práctica en el proceso de desarrollo son actualmente mayores que nunca en las naciones en desarrollo. Este es el resultado de sus últimos vein-

(2) En términos matemáticos, el problema de cerrar la brecha absoluta entre los ingresos per cápita puede resumirse de la manera siguiente: la brecha absoluta entre los ingresos de un país rico y de uno pobre con un crecimiento más rápido que aquel no empezará a reducirse hasta que la relación inversa de sus tasas de crecimiento sea igual a la relación de sus ingresos per cápita. Por lo tanto, si las tasas de crecimiento siguen siendo en el futuro iguales que en el pasado, la actual brecha absoluta entre los ingresos continuará agrandándose, ya que los países desarrollados y en desarrollo han venido registrando tasas similares de crecimiento per cápita durante los últimos veinticinco años. Incluso si los países en desarrollo logran aumentar al doble su tasa de crecimiento per cápita, mientras que los industrializados mantienen la suya igual que en el pasado, será necesario casi un siglo para cerrar la brecha absoluta entre sus respectivos ingresos. De los países en desarrollo que registran un crecimiento más rápido, solamente siete serían capaces de cerrar la brecha en el plazo de cien años y tan solo otros nueve al cabo de mil años.

ticinco años de inversiones y trabajo duro, y ello proporciona la base para que el último cuarto del Siglo XX sea un período aún más potable.

Es evidente, por lo tanto, que las opiniones de que el proceso de desarrollo ha fracasado porque no ha logrado "cerrar la brecha" o "eliminar la pobreza" son superficiales y engañosas.

Una evaluación mucho más realista de la situación es que el notable crecimiento económico general logrado por el mundo en desarrollo, oculta de hecho diferencias profundas en los resultados obtenidos por diversos grupos económicos. El crecimiento ha sido desigual entre los países y, también, ha estado mal orientado dentro de ellos.

Crecimiento desigual entre los países

Consideren lo siguiente:

En treinta y dos países pobres, principalmente de Asia meridional y el Africa al Sur del Sahara, la tasa de aumento del ingreso per cápita fue de 1,5% o menos al año, es decir, inferior a la mitad de la tasa media. En estos países, tomados en conjunto, viven más de 950 millones de personas, lo que representa el 46% de la población total del mundo en desarrollo.

No solo han experimentado las naciones más pobres un crecimiento considerablemente más lento, sino que, como muestra el cuadro III, sus resultados en esa materia han empeorado más y más de un decenio al siguiente. Su tasa de crecimiento descendió de 2,6% en el decenio de 1950 a 1,8% en el de 1960 y a 1,1% durante la primera mitad de 1970.

CUADRO III

Tasas porcentuales de crecimiento del ingreso per cápita *

	1950-60	1960-70	1970-75
Países en desarrollo			
Países más pobres	2,6	1,8	1,1
Países de ingresos medios	3,2	3,5	4,2
Todos los países en desarrollo....	2,9	3,2	3,7
Países desarrollados	3,0	3,7	1,9

* No incluye a Europa meridional. Los países comprendidos en cada grupo son los mismos en cada período.

Este descenso de la tasa de crecimiento del ingreso per cápita en los países más pobres es, con mucho, la tendencia más perturbadora en el historial del proceso de desarrollo.

Crecimiento mal orientado dentro de los países

Pero no se trata solamente de que las naciones más pobres hayan registrado unas tasas de crecimiento inaceptablemente bajas, sino también de que cualquier crecimiento logrado, tanto en estas como en las de ingresos medios, ha pasado de largo con demasiada frecuencia a las gentes más necesitadas de unas y otras.

El crecimiento económico es una condición necesaria del desarrollo en cualquier sociedad, pero nunca es una condición suficiente por sí misma. La razón es evidente: el crecimiento económico no puede ayudar a los pobres si no llega a los pobres.

La verdad es que en todos los países en desarrollo los pobres se encuentran atrapados en un conjunto de circunstancias que prácticamente les impiden contribuir al crecimiento económico nacional o participar equitativamente de sus beneficios. La situación en que se hallan les condena a permanecer en gran medida al margen del proceso de desarrollo. Este simplemente les pasa de largo.

Y no nos estamos refiriendo a una minoría insignificante. Estamos hablando de cientos de millones de personas. Son los seres humanos que he definido como aquellos que viven en la pobreza absoluta, víctimas de unas condiciones tan coartadas por el analfabetismo, la desnutrición, la enfermedad, la elevada mortalidad infantil y la reducida esperanza de vida que se ven impedidos para desarrollar el potencial mismo de los genes con los que nacieron. Sus necesidades humanas básicas quedan simplemente insatisfechas.

De ellos, 1.200 millones no tienen acceso a agua potable de buena calidad o a servicios públicos de salud, 700 millones padecen de grave desnutrición, 550 millones no saben leer o escribir, 250 millones no tienen vivienda adecuada en los centros urbanos y cientos de millones más se encuentran sin empleo productivo.

No se trata aquí simplemente de grandes cifras redondeadas. Se trata de seres humanos y, lo que es aún más trágico, muchos de ellos son niños. Del total de 2.000 millones de habitantes de los países en desarrollo, alrededor de 860 millones tienen menos de quince años.

Los niños son la principal esperanza para el futuro de esas sociedades y, sin embargo, casi la mitad de ellos sufre de alguna enfermedad debilitante con probabilidades de tener consecuencias duraderas, más de un tercio están desnutridos y 290 millones no asisten a la escuela.

Este es el panorama de la pobreza absoluta en el mundo en desarrollo; un panorama que no puede modificarse mediante una estrategia de desarrollo que lo ignora.

El problema no es tanto que no sepamos qué hacer acerca de todo esto. Sabemos muy bien lo que es preciso hacer, formular una estrategia general de desarrollo que sea eficaz y capaz de:

Acelerar el crecimiento económico, y

Encauzar una mayor proporción de los beneficios de ese crecimiento hacia el objetivo de satisfacer las necesidades humanas básicas de los que viven en la pobreza absoluta.

La dificultad radica en que hacerlo requiere efectuar cambios —tanto en los países desarrollados como en los que se encuentran en proceso de desarrollo— que pueden entrar en conflicto con los intereses personales de una minoría privilegiada, con mayor poder económico e influencia política.

Permítanme, pues, que analice en más detalle los dos elementos principales de esa estrategia.

III — POLITICAS PARA ACELERAR EL CRECIMIENTO ECONOMICO

En vista de la turbulencia económica mundial de los cinco últimos años, ¿hay medidas que la comunidad internacional pueda adoptar y que ofrezcan seguridades razonables de contribuir al logro de tasas de crecimiento económico más elevadas en los países en desarrollo?

Creo que sí las hay. Los mecanismos de ajuste, por penosos que hayan sido, siguen funcionando.

Las naciones de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico —OCDE— están dando señales de recuperación —aunque esta sigue siendo más lenta de lo que se había previsto en un principio— y el crecimiento de los países en desarrollo más pobres y de ingresos medios está volviendo a los niveles más normales del pasado.

Excepto en unos pocos casos, las naciones desarrolladas han resistido la tentación de recurrir a un mayor proteccionismo.

Los mercados privados de capital respondieron bien a las necesidades urgentes de crédito de los países en desarrollo y, a pesar de un fuerte aumento de la deuda externa, la situación a este respecto se ha mantenido dentro de límites soportables.

Lo que se requiere ahora es un firme propósito por parte de la comunidad internacional de ayudar a las naciones en desarrollo a continuar el proceso de ajuste y a acelerar su actual ritmo de crecimiento.

Permítanme que examine brevemente nuestra evaluación de las perspectivas de crecimiento de los países en desarrollo durante el período 1977-85, así como las medidas necesarias para lograr tal crecimiento. Podemos empezar con los países más pobres.

Perspectivas de crecimiento de los países más pobres, 1977-85

Un programa optimista para los países más pobres indica que quizás estos puedan invertir la tendencia declinante de los últimos años y lograr una tasa de crecimiento anual del ingreso per cápita de alrededor de 2% durante el período 1977-85.

Esto representaría para ellos una mejora considerable en comparación con el quinquenio 1970-75, pero no haría sino restaurar su crecimiento al nivel medio que registraron durante los decenios de 1950 y 1960. Considerando sus enormes necesidades, este es un resultado decepcionante, ya que significaría agregar solamente unos US\$ 30 a sus ingresos per cápita en 1985.

Sin embargo, debemos ser realistas, puesto que incluso este modesto progreso requiere adoptar las difíciles medidas siguientes:

Los países más pobres deben ahorrar y reinvertir por lo menos una quinta parte del pequeño aumento de su ingreso per cápita;

Han de conseguir mejorar en un 25% su eficiencia en materia de utilización del capital, mediante políticas de inversiones, precios y administración más adecuadas.

Deben aumentar al doble el crecimiento de sus exportaciones, con relación a las tendencias del pasado, y

Las corrientes de asistencia oficial para el desarrollo a estas naciones más pobres deben aumentar en un 50%, en términos reales, entre 1976 y 1985.

Estas medidas de política son urgentes. Sin ellas, las perspectivas son sombrías, e incluso adoptándolas, los ingresos per cápita de estos países ya tan desaventajados llegarían solamente a US\$ 185 (3) en 1985. Volveré a hablar de este asunto más adelante.

Perspectivas de los países en desarrollo de ingresos medios, 1977-85

Las perspectivas de crecimiento de las naciones en desarrollo de ingresos medios son más favorables.

(3) Todas las cifras relativas a ingresos per cápita que se mencionan en esta sección y en la siguiente se expresan en términos de dólares de 1976.

Durante el período de ajuste de 1973 a 1976 logran mantener una tasa de aumento del ingreso per cápita de casi 3% al año y ahora parecen estar en condiciones de llevar a cabo un incremento importante de sus exportaciones, especialmente de bienes manufacturados.

Si continúan intensificando sus esfuerzos por movilizar los recursos internos, y si se acelera la recuperación de las naciones desarrolladas y aumenta el comercio mundial, sería razonable esperar que los países de ingresos medios lograran un aumento anual de su ingreso per cápita de casi 4% durante el período de 1977-85.

Esto significaría un incremento de sus ingresos medios de alrededor de 40% sobre los niveles actuales, y si pudieran mantener tales tasas de crecimiento hasta finales de siglo, estos países en conjunto alcanzarían para entonces un nivel medio de ingreso per cápita aproximadamente de US\$ 2.100.

Ahora bien, estas favorables perspectivas no podrán hacerse realidad a menos que exista el propósito de adoptar medidas de política adecuadas. Naturalmente, muchas de esas medidas —como las encaminadas a movilizar más recursos internos, a aumentar la eficacia de su uso y a ofrecer mayores incentivos para promover las exportaciones— solo pueden adoptarlas los propios países en desarrollo. Es tarea suya formular y poner en práctica esas políticas, y el Banco hará todo lo que pueda por ayudarles.

Sin embargo, esas medidas, tan necesarias como son, no pueden tener éxito si al mismo tiempo no mejoran las perspectivas de aumentos del comercio mundial y el acceso a los mercados internacionales de capital. Es a esto último a lo que quiero referirme ahora, tanto en lo que respecta a los países más pobres como a los de ingresos medios.

Aumento del comercio

Las tasas mencionadas de crecimiento del ingreso per cápita, de 2% en el caso de los países más pobres y de 4% en el de las naciones de ingresos medios durante los años de 1977 a 1985, se basan en el supuesto de que continúen aplicándose las políticas que produjeron el aumento de sus ingresos de exportación durante el último decenio.

Con esas políticas creemos que los países en desarrollo podrán incrementar el volumen de sus exportaciones de productos primarios en alrededor de un 50% y, lo que es más importante, casi triplicar sus exportaciones de manufacturas, cuyos valor aumen-

taría de US\$ 33.000 millones en 1975 a alrededor de US\$ 94.000 millones en 1985 (4).

El aumentar las exportaciones de bienes manufacturados a esa tasa, de 11% al año, exigiría un considerable esfuerzo por su parte, y el éxito de este esfuerzo depende del supuesto de que el mundo desarrollado continúe estando dispuesto a aceptar un incremento tan rápido de las importaciones provenientes de los países en desarrollo.

Ahora bien, el logro de un volumen de exportaciones de US\$ 94.000 millones no agotaría el potencial de comercio de las naciones en desarrollo. Como ya señalé el año pasado en Manila, si los países de la OCDE eliminaran por completo sus barreras comerciales frente a los bienes manufacturados de los países en desarrollo, estos podrían obtener en 1985 unos ingresos de exportación de US\$ 24.000 millones al año, en adición a los montos estimados que se han mencionado.

Y esto representa solo una parte de las oportunidades adicionales de comercio al alcance de los países en desarrollo. Un reciente estudio del Banco indica que si estos países eliminaran completamente sus propias limitaciones a la oferta de manufacturas exportables, podrían obtener US\$ 21.000 millones más en el año en 1985.

En otras palabras, si tanto los importadores como los exportadores siguieran políticas plenamente racionales, los ingresos de exportación de productos manufacturados de los países en desarrollo aumentarían en US\$ 45.000 millones al año, por encima de los niveles que resultarán de una continuación de las políticas del pasado.

Por supuesto, no es realista esperar que el mundo desarrollado suprima todas las barreras comerciales, ni siquiera en el curso de un decenio, o que los países en desarrollo puedan eliminar todas las limitaciones de oferta durante el mismo período. Eso supondría que los países desarrollados tendrían que desplazar rápidamente capital y mano de obra de aquellas industrias que ya no pudieran competir con las importaciones, y que los países en desarrollo habrían de cambiar con igual rapidez la orientación de sus actividades, de la producción más antigua y menos eficiente a los productos de exportación más modernos.

Aunque ninguno de esos ajustes se va a efectuar inmediatamente, lo dicho indica la enorme contribución al desarrollo que puede resultar de unos mayo-

(4) Todas las cifras que se mencionan en esta sección con relación al comercio se expresan en dólares de 1975. Las cifras correspondientes a 1985 no son predicciones de lo que sucederá; simplemente indican los niveles de comercio que podrían alcanzarse si tanto los importadores como los exportadores pusieran en práctica determinadas políticas viables.

res esfuerzos por liberalizar el comercio. ¿Acaso no sería una meta razonable que tanto los países desarrollados como los que están en proceso de desarrollo trataran de lograr la mitad de ese potencial de aquí a 1985? Como puede observarse en el cuadro IV, este objetivo podría alcanzarse si se cumplen los requisitos siguientes:

Primero, si la Ronda Tokio de negociaciones comerciales resulta en una reducción de los aranceles del 50%. Con esto se agregarían US\$ 4.000 millones a los ingresos de exportación de manufacturas de los países en desarrollo en 1985;

Segundo, si las barreras comerciales no arancelarias de los países industrializados se eliminan parcialmente. Esto podría agregar US\$ 6.000 millones al año a esos ingresos, y

Tercero, si los países en desarrollo explotan por lo menos la mitad del potencial de exportación no utilizado de que disponen —mediante más eficiencia y una mayor reducción de las limitaciones de oferta— y los países industrializados se comprometen a no reaccionar aumentando sus niveles de protección. Con esto, los ingresos de exportación se incrementarían en otros US\$ 10.000 millones al año.

CUADRO IV

Ingresos de exportación de manufacturas de los países en desarrollo

(En miles de millones de US\$ a precios de 1975)

	Países más pobres	Países de ingresos medios	Total
1965	2,4	7,6	10
1975	3,4	29,6	33
1985—Políticas actuales	7,3	86,7	94
Posibles ingresos adicionales resultantes de:			
Ronda Tokio	0,3	3,7	4
Eliminación parcial de las barreras no arancelarias.....	1,0	5,0	6
Mejores políticas de los países en desarrollo	2,5	7,5	10
1985—Nuevas políticas	11,1	102,9	114

La verdad es, por supuesto, que estas medidas de política convienen a los intereses generales tanto de los países desarrollados como de las naciones en desarrollo. Las mayores importaciones provenientes de estas últimas tendrían la contrapartida de mayores exportaciones de los países desarrollados. En consecuencia, el mayor comercio beneficiaría tanto a los consumidores como a los productores de estos

países y aumentaría los ingresos de los menos aventajados.

Ahora bien, ello exigiría asistencia práctica para el reajuste de las industrias afectadas de las naciones desarrolladas, asistencia que traspasaría la carga de la mano de obra y el capital desplazados a la sociedad en general. Significaría también que los países en desarrollo deberían adoptar una postura económica más abierta hacia afuera, a fin de no inhibir el aumento del comercio que los mercados internacionales están dispuestos a absorber.

En pocas palabras, requeriría actitudes esclarecidas y cierta medida de valor político por ambas partes.

Mayor acceso al capital

Unas políticas comerciales más adecuadas y realistas son evidentemente esenciales. Pero los ingresos de divisas proporcionarían tan solo parte del financiamiento necesario para lograr niveles de crecimiento aceptables en los países en desarrollo. Estos deben disponer también de acceso continuo a los mercados internacionales de capital.

Como se indica en el anexo I, la mayor parte de las corrientes de capital externo a los países más pobres ha provenido de fuentes oficiales, incluido el Banco Mundial, más bien que de los bancos comerciales. Y así debe seguir siendo.

En estos países, el problema esencial es que los recursos que emplean para atender el servicio de la deuda reducen el volumen de recursos, ya insuficiente, de que disponen para llevar a cabo sus actividades de desarrollo. Por lo tanto, el problema de la deuda está estrechamente vinculado a la necesidad de mayores transferencias de recursos reales en condiciones concesionarias.

La ayuda concesionaria de las naciones de la OCDE no ha aumentado en términos reales. Las cifras definitivas correspondientes a 1976 revelan que el total de Asistencia Oficial para el Desarrollo —AOD— fue casi 6% inferior a las estimaciones efectuadas hace un año. En verdad, el total de 1976 en términos reales fue menor que el de 1975. El hecho es que el nivel de AOD, en esos términos, se ha mantenido virtualmente estacionario durante los diez últimos años, mientras que en ese mismo decenio el ingreso real de las naciones de OCDE ha aumentado en más de 40%. El resultado es que la AOD como proporción del producto nacional bruto —PNB— ha disminuido de 0,42 en 1966 a 0,33 en 1976, porcentaje este último que es, evidentemente, inferior a la mi-

tad de la meta de 0,7% aceptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1970.

El que el total de la AOD siga siendo menor en más de un 50% al objetivo fijado por las Naciones Unidas se debe principalmente a los tres mayores contribuyentes a la AOD. En 1976, la relación entre la AOD y el PNB era de 0,26 en el caso de los Estados Unidos, de 0,31 en el de la República Federal de Alemania (frente a 0,40 en 1975) y de 0,20 en el caso del Japón (en comparación con 0,24 en 1975).

Estas tres naciones han manifestado en los seis últimos meses su intención de aumentar considerablemente su nivel de AOD en los años venideros. Sobre la base de las declaraciones de los portavoces de sus gobiernos, hemos estimado que la AOD ascenderá en 1980 a 0,37 del PNB de los donantes, lo que en términos reales representa un aumento de un tercio, o US\$ 4.900 millones (5). El aumento en un 50%, en términos reales, del volumen de AOD a las naciones más pobres entre 1976 y 1985 —de lo que dependerá su modesta tasa de crecimiento— se apoya en la premisa de que se tome esa medida.

Los países en desarrollo de ingresos medios, por el contrario, han hecho un uso considerable de las fuentes privadas de capital externo, como puede observarse en el anexo II.

Como indica dicho cuadro, los créditos de fuentes privadas a los países de ingresos medios aumentaron rápidamente —en US\$ 35.000 millones— durante el período 1973-76. Existe la preocupación de que este crecimiento espectacular de los empréstitos externos —en particular los obtenidos de los bancos comerciales— sea insostenible, y de que si se permite que continúe habrá eventualmente una crisis generalizada de endeudamiento.

Hace un año afirmé que no era inevitable que se produjera tal crisis y que esta podía evitarse mediante una serie de medidas relacionadas entre sí que habrían de adoptar los propios países en desarrollo, la comunidad bancaria internacional y las instituciones financieras internacionales. Los resultados del año pasado indican que de hecho se han tomado medidas correctivas.

Durante 1976, las diez naciones que representan tres cuartas partes del total de la deuda con fuentes privadas de los países en desarrollo importadores de petróleo, lograron reducir en más de una tercera parte el total de su déficit en cuenta corriente, de US\$ 22.500 millones en 1975 a US\$ 14.200 millones aproximadamente en 1976. Esta mejora excedió en un margen considerable a las proyecciones del propio Banco.

Los resultados de las exportaciones durante 1976 mejoraron gracias a aumentos imprevistos de los precios de determinados productos primarios —por ejemplo, el café—, pero esto fue solo parte de la historia. Las tasas de crecimiento de las exportaciones de manufacturas fueron también superiores a las previstas. Además, esos diez países, como grupo, hicieron uso de considerable moderación en lo referente a importaciones; en varios casos estas se mantuvieron constantes o incluso se redujeron en términos reales. Asimismo, los países de ingresos medios, en conjunto, elevaron el año pasado en 15% su nivel real de ahorro interno.

Por supuesto, estas cifras globales tan notables tienden a ocultar los resultados menos satisfactorios de unas pocas naciones. Pero en general, la actuación de los principales países prestatarios durante el año pasado, en lo referente a ajustes, ha sido buena.

Además, existe una mayor conciencia pública de que no se puede medir en forma razonable el problema del endeudamiento simplemente mediante la elaboración de proyecciones del crecimiento de la deuda del mundo en desarrollo. Esas estadísticas globales reflejan una "ilusión monetaria", en el sentido de que gran parte del aparente aumento es simplemente consecuencia de las elevadas tasas de inflación experimentadas en los últimos años.

Si se usa como deflactor de la deuda el índice de precios de exportación de los países prestatarios, el ritmo real de crecimiento de la deuda de los países en desarrollo fue en realidad más lento en los últimos años (1973-76) que a finales del decenio de 1960. Como proporción de los ingresos de exportación, la deuda desembolsada de los países en desarrollo de ingresos medios aumentó solamente en 12% durante el último decenio, de 84% en 1967 a 96% en 1976.

Tras diversas consultas entre el personal del Banco Mundial y los principales bancos internacionales de América del Norte y Europa, la conclusión parece ser que los bancos comerciales prevén que su financiamiento neto a los países en desarrollo continuará aumentando, aunque a un ritmo más moderado, quizás de 10 a 15% al año en dólares corrientes, en comparación con una tasa superior a 30% en el curso de los tres últimos años. Tal ritmo de crecimiento de las nuevas operaciones de préstamo concordaría con nuestras proyecciones de las necesidades de crédito de fuentes privadas de los países en desarrollo durante los próximos años. De hecho, significa que los principales bancos de finan-

(5) Véase el anexo III.

ciamiento y los principales países prestatarios operan conforme a supuestos que concuerdan en términos generales.

Otro factor crítico en las perspectivas de endeudamiento de los países de ingresos medios es el panorama de los préstamos de fuentes oficiales. Para estos países, las principales fuentes de fondos oficiales a largo plazo son el Banco Mundial y los bancos regionales. Hace un año había importantes elementos de incertidumbre cerca de las perspectivas de aumento de financiamiento de esas instituciones en el futuro, en particular en lo que respecta al propio Banco Mundial, pero esas incertidumbres se han resuelto ya en gran medida.

Por todas estas razones, estamos hoy aún más seguros que hace un año de que el problema del endeudamiento es verdaderamente tratable y no tiene por qué obstaculizar el logro de unas tasas de crecimiento adecuadas en los países en desarrollo.

Ahora bien, al exponer esta conclusión no quisiera crear la impresión de que el problema del endeudamiento puede simplemente ignorarse. Todo lo contrario.

Aunque muchos de los países en desarrollo que son prestatarios importantes en los mercados privados de capital han completado con éxito su proceso de ajuste, hay unos pocos que necesitan con urgencia nuevas medidas correctivas. Además, aunque las necesidades netas de empréstitos privados de los países en desarrollo no aumentarán mucho en términos reales en los años venideros, llegarán a su vencimiento grandes cantidades de los préstamos recientes a plazo medio. En 1980, la mitad del volumen bruto total de empréstitos deberá destinarse a pagos de amortización. La experiencia pasada indica con certidumbre que por lo menos algunos prestatarios se enfrentarán a problemas de liquidez en los próximos años. El reto a la comunidad internacional es asegurarse de que esos casos aislados no socaven la estabilidad de todo el sistema. Evidentemente, el servicio de financiamiento suplementario del FMI, cuya creación ha sido aprobada recientemente, es bienvenido en este contexto.

También el Banco Mundial tiene una función que desempeñar. Ya se han mencionado las posibilidades de una restauración parcial del equilibrio entre las corrientes oficiales y privadas de financiamiento durante los próximos años. Esto debería fomentar una mayor estabilidad, tanto al prolongar la estructura de los vencimientos de la deuda de los países prestatarios como al repartir entre todos los miembros del Banco el riesgo de otorgar préstamos a determinados países en desarrollo.

Para resumir, pues, las metas del aumento del comercio y de un mayor acceso al capital —así como las medidas de política que harán posible su logro— son ingredientes claves para la aceleración del crecimiento económico de los países en desarrollo.

Como ya he dicho, ese crecimiento es absolutamente esencial para el desarrollo. Pero el crecimiento, cualquiera que sea su magnitud, no puede ayudar a los cientos de millones de personas que viven en la pobreza absoluta en las naciones en desarrollo a menos que llegue a ellas. En la actualidad, no les está llegando en medida suficiente, y es a este problema al que quiero referirme ahora.

IV — POLÍTICAS PARA REORIENTAR EL CRECIMIENTO

El crecimiento económico global que los países en desarrollo han logrado a lo largo de los últimos veinticinco años, tan notable como ha sido, no ha tenido gran eficacia en lo que respecta a reducir la pobreza.

Como ya he señalado, los países más pobres participaron solo en una proporción modesta en la tendencia general de rápido crecimiento a partir de 1950, y en los últimos años se han quedado aún más atrás. Incluso en aquellos países en desarrollo que han registrado un crecimiento acelerado, los grupos más pobres no han participado de él en medida equitativa; en comparación con la tasa media nacional, sus ingresos han aumentado solamente en una tercera parte.

En conjunto, estas dos tendencias explican por qué han mejorado tan poco los niveles de vida de los que se hallan en condiciones de pobreza absoluta en todo el mundo en desarrollo.

Es evidente que los beneficios del crecimiento deben compartirse de manera más equitativa y eficaz en el seno de ambos grupos de países, los más pobres y los de ingresos medios.

Al plantear los objetivos del desarrollo en estos términos se evita la interpretación errónea de que, puesto que el crecimiento económico no siempre ha sido eficaz en lo referente a aumentar los ingresos de los pobres, no es realmente necesario. Pero sí lo es, y mucho.

En los países donde se encuentran las mayores concentraciones de seres humanos en condiciones de pobreza absoluta —en particular los de Asia meridional y el África al Sur del Sahara— el crecimiento económico ha sido especialmente lento con relación al aumento de la población. En esas circunstancias, hay poco margen para mejorar la calidad de la vida a través de la redistribución del ingreso

solamente, ya que la renta nacional total es de todo punto insuficiente.

Pero supongamos que esas naciones más pobres fueran ahora a aumentar al doble la tasa media de crecimiento per cápita que han registrado durante los últimos veinticinco años. Esta es una meta inverosímil, evidentemente, pero aun cuando fueran capaces de alcanzarla, su ingreso per cápita medio sería tan solo de alrededor de US\$ 400 a finales de siglo.

En ausencia de políticas gubernamentales eficaces para moderar el desequilibrio distributivo, ese nivel medio de ingreso no puede por sí mismo lograr una reducción apreciable de la pobreza absoluta. Esto significaría que los cientos de millones de seres que viven en esas condiciones en Asia y Africa tendrían una espera interminable antes de poder empezar a disfrutar de un nivel de vida decente en el que sus necesidades humanas básicas queden satisfechas.

Por lo tanto, los países más pobres deben hacer todo lo que esté a su alcance por aumentar el crecimiento de su ingreso per cápita, pero también han de hacer algo más. Deben idear el medio de poder atender las necesidades humanas básicas en una etapa más temprana del proceso de desarrollo.

¿Es esto viable? Sí lo es. Diversos países han hecho progresos hacia la consecución de esa meta, no siempre con mucha eficacia y nunca sin algún revés, pero progresos al fin y al cabo.

Tampoco las naciones en desarrollo de ingresos medios deben confiar solamente en elevar el nivel medio del ingreso per cápita para resolver los problemas de la pobreza absoluta. Al igual que los países más pobres, deben atacarlos directamente. Tienen muchos más recursos para hacerlo y pueden acortar el tiempo que sus ciudadanos menos afortunados deban esperar para que se satisfagan sus necesidades básicas.

Así pues, la estrategia para luchar contra la pobreza absoluta que estamos examinando es aplicable tanto a las naciones más pobres como a los países de ingresos medios, aunque es evidente que atañe mucho más directamente a aquellas, puesto que no tienen otra alternativa viable.

¿Cuáles son los elementos de esas necesidades básicas que deben satisfacerse para poder superar la pobreza absoluta? No es difícil enumerarlos, aunque las características de cada uno variarán de país a país, de cultura a cultura y de sociedad a sociedad. Son los siguientes:

Alimentos con suficiente valor nutritivo para evitar los efectos debilitantes de la desnutrición y sa-

tisfacer las necesidades físicas de una vida productiva;

Vivienda y vestido que proporcionen protección razonable contra los rigores del clima y el medio ambiente, y

Servicios públicos, como educación, agua limpia y cuidados de salud, que todos los miembros de una sociedad necesitan para poder ser plenamente productivos.

El primer requisito para satisfacer estas necesidades básicas es que los que viven en la pobreza absoluta pueden obtener un ingreso suficiente para adquirir en el mercado los bienes esenciales que este pueda ofrecer, por ejemplo, alimentos y vivienda.

Aumentar la productividad de los pobres

Ayudar a los grupos más pobres de la sociedad a encontrar oportunidades de obtención de ingresos y aumentar su productividad es algo esencial, ya que estos son los grupos que con tanta frecuencia quedan al margen del proceso tradicional de desarrollo.

En la medida en que los pobres poseen algunos bienes tangibles, por escasos que sean —una pequeña explotación agrícola, una industria familiar o una empresa comercial de pequeña escala en el sector urbano—, es posible ayudarles a ser más productivos proporcionándoles mejor acceso al crédito, servicios de extensión e insumos de producción.

En Malasia, Kenya, Malawi, Taiwan, Corea, Nigeria y otros países, la experiencia ha demostrado que la productividad de las pequeñas explotaciones agrícolas puede aumentar considerablemente con la ayuda de programas de ese tipo. El propio Banco se ha comprometido a alcanzar ese objetivo mediante sus nuevos proyectos de desarrollo rural; en los tres últimos años hemos iniciado proyectos que aumentarán aproximadamente al doble los ingresos de unos cuarenta millones de personas que viven por debajo del nivel de pobreza tanto en los países más pobres como en los de ingresos medios.

La experiencia de los países en desarrollo y del Banco ha sido menor en lo referente a creación de oportunidades de obtención de ingresos fuera de las explotaciones agrícolas y a prestación de asistencia a las industrias familiares y empresas de pequeña escala, pero es evidente la importancia de hacer un esfuerzo en ese sentido. Dos terceras partes del empleo en el sector industrial del mundo en desarrollo sigue teniendo su origen en las empresas de esa índole por lo que su ampliación y el aumento de su productividad reviste importancia vital para el cre-

cimiento económico general y para aumentar los ingresos de los pobres.

En el Banco estamos todavía en las etapas iniciales de emprender un mayor programa de financiamiento de esas actividades, que requieren un alto coeficiente de mano de obra y pueden proporcionar empleo productivo a unos costos unitarios de capital reducidos. Tenemos intención de que el volumen anual de nuestros compromisos de financiamiento a ese tipo de empresas aumente aproximadamente a US\$ 300 millones en 1980 (6). Para ello nos proponemos trabajar a través de las instituciones financieras locales y, allí donde sea necesario, crearlas. Asimismo, en los proyectos de desarrollo urbano y rural se incluirá en medida creciente a esas empresas como parte integrante del plan de inversiones.

Ya se está haciendo así en algunos proyectos en Tanzania, India e Indonesia. En Madrás, por ejemplo, un proyecto de desarrollo urbano creará 5.000 puestos de trabajo en industrias familiares en las zonas de tugurios, a un costo medio de inversión de US\$ 225 por puesto. De ese modo, la capacidad de obtención de ingresos de los habitantes pobres de esa ciudad aumentará mediante solo una inversión modesta de un capital que es escaso.

Reorientación de los servicios públicos

Igualmente esenciales para aumentar la capacidad de adquisición de bienes de los que viven en la pobreza absoluta son la orientación y la ampliación de los servicios públicos.

El cuidado de la salud, la educación, el transporte público, el abastecimiento de agua, la electricidad y otros servicios similares son, por supuesto, preocupación de todos los países en desarrollo del mundo. Durante los últimos veinticinco años sus gobiernos se han visto enfrentados a presiones crecientes para satisfacer la demanda, al tiempo que su población global casi se duplicaba y que el número de habitantes de los centros urbanos se cuadruplicaba.

Inevitablemente, ha habido desaciertos. Tanto en las ciudades como en las zonas rurales, las familias ricas, que a menudo constituyen un grupo muy pequeño pero políticamente influyente, con frecuencia han logrado copar una parte desproporcionada de los escasos servicios públicos.

Es una vieja historia de las relaciones humanas que está lejos de ser tributo de los países en desarrollo solamente. La riqueza y el privilegio han

dejado siempre sentir su peso en esos asuntos, y casi siempre a expensas de los pobres.

La asignación del abastecimiento de agua por tubería y de la electricidad, el costo y el itinerario de los transportes públicos, la ubicación de las escuelas y el acceso a los servicios de salud constituyen decisiones de los gobiernos nacionales y locales que revisten importancia crítica para el nivel de vida de las gentes muy pobres, que no tienen margen de opción ni influencia en los responsables de formular las políticas.

No solo es frecuente que los servicios públicos esenciales estén fuera del alcance financiero y geográfico de los grupos pobres, sino que también puede suceder que los servicios existentes están diseñados de manera tan poco adecuada que carezcan prácticamente de utilidad para sus necesidades, como por ejemplo, llamativas carreteras de cuatro carriles, pero demasiado pocos caminos de acceso al mercado; modernos hospitales de medicina curativa en las ciudades, pero demasiado pocas clínicas de medicina preventiva en las zonas rurales; prestigiosas instituciones de educación superior, pero demasiado pocos programas de alfabetización en los poblados.

Unos servicios públicos que no estén diseñados con miras modestas y a costos unitarios reducidos acabarán, con casi entera seguridad, sirviendo a unos pocos privilegiados en lugar de a los muchos desposeídos.

A fin de invertir esta tendencia, los gobiernos deben estar dispuestos a tomar decisiones difíciles y delicadas desde el punto de vista político y a reasignar los escasos recursos, destinándolos a establecer sistemas menos ambiciosos pero de alcance más amplio que puedan hacer llegar los servicios a los pobres y permitan a estos tener acceso a ellos.

Nuestra experiencia reciente demuestra de manera palpable que esto es posible. Por ejemplo:

En El Salvador se está llevando a cabo un programa de vivienda mínima al alcance de las familias más pobres de los centros urbanos. El costo por unidad de vivienda en los dos proyectos a los que hemos prestado financiamiento es como promedio de unos US\$ 1.500, y ya se han construido y vendido más de 3.000 unidades a familias con ingresos individuales inferiores a US\$ 240 al año. El programa tiene por objeto alcanzar hasta el décimo percentil de la población en términos de ingresos, y está comenzando a lograrlo.

En Indonesia el Banco Mundial está contribuyendo a financiar el programa gubernamental de me-

(6) A precios de 1976.

joramiento de tugurios, con el que se satisfarán las necesidades básicas —agua limpia, eliminación de desechos humanos y sólidos y drenaje de superficie— para llevar una vida más saludable y productiva en los enormes asentamientos ilegales de Yakarta y Surabaya. El programa beneficiará a más de 400.000 habitantes con una inversión de US\$ 60 por persona. A este costo tan bajo, el programa puede repetirse en una escala muy grande.

Colombia ha puesto en marcha un programa nacional de salud destinado a atender las necesidades del 40% aproximadamente de colombianos que en la actualidad no tiene acceso regular a servicios básicos de salud. El programa se ha organizado en torno a los trabajadores comunitarios y los dispensarios locales y se basa en el sistema de auto-ayuda. En solo dos años de funcionamiento ya ha alcanzado a un millón de gentes pobres. Si tiene éxito —y el extenso estudio en el que se basa indica que sí lo tendrá—, ofrecerá servicios básicos de salud a todos los habitantes pobres del país en 1985 a un costo anual inferior a US\$ 4 por persona.

En Alto Volta, uno de los países más pobres del mundo, se llegó a la conclusión de que, aun cuando se dedicaran todos sus limitados recursos fiscales a la educación primaria, se podría educar solamente a la mitad de los niños en escuelas formales. Por consiguiente, se ha empezado a experimentar en las zonas rurales con un sistema no formal mediante el cual se proporcionan tres años de educación básica y formación agrícola a los adolescentes que nunca han asistido a la escuela. Con este programa, al que el Banco presta asistencia, se imparten ahora conocimientos de lectura, escritura, aritmética y aptitudes prácticas a unos 30.000 de esos jóvenes.

Estos son solamente unos pocos ejemplos de lo que se puede hacer si los gobiernos están dispuestos a tomar las medidas necesarias. Técnicamente, es posible hacer mucho. Políticamente, esas decisiones pueden plantear opciones difíciles.

En último término, siempre se trata de una cuestión de prioridades: más divisas para importar automóviles privados, o una mayor flotilla de autobuses; lujosas oficinas gubernamentales, o mejoras de los asentamientos ilegales; una nueva generación de aviones de caza para la fuerza aérea, o una nueva generación de niños que sobrevivan a su quinto cumpleaños.

Ningún gobierno lo puede todo. Gobernar es escoger. Pero la pobreza persistirá y aumentará si la elección se inclina demasiado a menudo por los lujos innecesarios y no por hacer frente a las necesidades críticas.

Por definición las necesidades humanas básicas son siempre críticas, y el que los gobiernos ayuden a las gentes pobres a satisfacerlas no es una cuestión de filantropía, sino una prudente inversión en formación de capital humano.

Es la pobreza lo que constituye un peligro social, no las personas que se da la circunstancia de que son pobres. Estas representan un inmenso potencial humano e invertir en su productividad futura, si se hace con eficacia, es muy buena economía.

Ciertamente, lo que es muy mala economía es permitir que un cultivo de pobreza crezca y se difunda en el seno de una nación en tal medida que comience a infectar y erosionar toda la trama social. La pobreza en su peor forma es como un virus que contagia la amargura, el cinismo, la frustración y la desesperación. Y no es para menos; pocas experiencias humanas son motivo de mayor amargura que el darse cuenta gradualmente de que uno es víctima de flagrante injusticia social.

Ningún gobierno quiere perpetuar la pobreza, pero no todos los gobiernos están convencidos de que realmente es mucho lo que pueden hacer para combatir un problema de dimensiones tan vastas. Sin embargo, si pueden hacer mucho. Atacar los orígenes de la pobreza, ayudar a los pobres a ser más productivos y, de ese modo, a formar parte integrante del proceso de desarrollo, y reorientar el crecimiento económico y los servicios públicos hacia la satisfacción de las necesidades humanas básicas, son todos objetivos prácticos y alcanzables.

El año pasado sugerí que tanto los países desarrollados como las naciones en desarrollo se fijaran como una de sus metas principales el satisfacer las necesidades humanas básicas de la mayoría de las personas que viven en la pobreza absoluta en un plazo razonable, por ejemplo, de aquí a finales de siglo. Sigo creyendo que esa meta es fundamental y viable. Y lo que es más, ahora vemos con mayor claridad por qué medios se puede alcanzar.

¿No deberían entonces las naciones en desarrollo individualmente, y la comunidad internacional colectivamente, formular las medidas específicas que deben adoptarse para conseguir tal objetivo, elaborar el calendario para ponerlas en práctica y vigilar los progresos del programa?

Por supuesto, la mayor parte de la tarea deben realizarla los propios países en desarrollo. Solo ellos están en situación de ajustar sus prioridades nacionales. Solo ellos pueden crear las condiciones económicas y políticas para ayudar a sus gentes pobres. Y solo ellos pueden movilizar la energía creadora de sus propios ciudadanos.

Pero la magnitud de esta tarea es demasiado grande para cumplirla solo mediante los esfuerzos nacionales. Si se deja exclusivamente en manos de estos países —o si se les niega un volumen razonable de asistencia externa—, el plazo puede alargarse tanto que se agote la paciencia de sus pueblos, o pueden verse en una situación tan crítica de estrechez económica a corto plazo que se vean forzados a renunciar a sus planes de desarrollo a largo plazo.

Las naciones en desarrollo que se comprometan firmemente a satisfacer las necesidades humanas básicas de todos sus habitantes ciertamente se merecen opciones mejores.

Esta es la razón, como ya he señalado, de que la comunidad internacional deba ayudar en esta empresa ampliando las oportunidades de comercio y aumentando las corrientes de capital. Lo que todos debemos entender es que, en sí misma, la tarea no es ilusoria o poco realista. De hecho, es claramente viable en términos puramente técnicos y de recursos, ya que lo que se precisa es bastante poco en comparación con la producción mundial total.

Son más bien las limitaciones de índole institucional y política —no física o tecnológica— las que constituyen el mayor obstáculo.

Por supuesto, el propio Banco Mundial debe hacer todo lo que pueda por ayudar en este esfuerzo general a través de su propias operaciones financieras.

Permítanme que examine brevemente las perspectivas de esas operaciones.

V — EL PROGRAMA FINANCIERO DEL BANCO MUNDIAL

Cuando me dirigí a ustedes el año pasado, no estaba muy claro cuál sería la escala de las operaciones del Banco Mundial en el futuro.

Las negociaciones para la quinta reposición de los recursos de la AIF se habían retrasado varias veces y aún no había comenzado a discutirse el incremento general del capital del Banco.

Ahora, como ya saben, esas incertidumbres se han resuelto en gran medida. Las negociaciones para la quinta reposición de los recursos de la AIF han concluido con éxito, lo que, junto con la transferencia de utilidades del Banco, permitirá a la AIF comprometer aproximadamente US\$ 8.000 millones en el curso de los tres próximos ejercicios, en comparación con US\$ 4.500 millones durante los tres últimos.

Además, ha ido surgiendo un consenso, primero en la conferencia en la cumbre de Londres y posterior-

mente en las reuniones de la Conferencia sobre la Cooperativa Económica Internacional, en París, a favor de un incremento general de capital del Banco que permita a este mantener el crecimiento en términos reales de sus operaciones en el curso de los próximos años. Por último, se ha aprobado oficialmente el incremento del capital de la Corporación Financiera Internacional —CIF—.

Sobre la base de estos acontecimientos, el Grupo del Banco Mundial planea ahora efectuar compromisos por valor de US\$ 8.700 millones en el ejercicio que finalizará en junio de 1978 (7) —frente a US\$ 7.300 millones en el ejercicio pasado— y de US\$ 9.800 millones en el ejercicio siguiente.

Es razonable esperar que el Grupo del Banco comience el decenio de 1980 con un nivel de operaciones que exceda de US\$ 10.000 millones al año. En términos de dólares corrientes, esto representa casi diez veces el volumen medio alcanzado a mediados del decenio de 1960 y cuatro veces el promedio del período abarcado por los ejercicios de 1969-73.

Por supuesto, parte de este crecimiento refleja simplemente los elevados niveles de inflación de los últimos años, pero si las cifras se ajustan para eliminar ese efecto y se expresan en términos reales, los incrementos siguen siendo considerables.

CUADRO V

Nuevos compromisos del Grupo del Banco Mundial

(En miles de millones de US\$)

	Promedios anuales, ejercicios de:			Plan preliminar, ejercicio de 1979
	1954-68	1969-73	1974-78	
Compromisos financieros:				
US\$ corrientes	1,2	2,7	6,7	9,8
US\$ constantes del ejercicio de 1977 ..	2,8	4,3	7,1	8,5
Número de proyectos, Banco/AIF	57	129	207	255

A pesar de la incertidumbre que existe con relación al nivel exacto de los compromisos del Banco Mundial en 1979 y a comienzos del decenio de 1980, el nivel de los flujos netos de capital —desembolsos del Banco menos reembolsos efectuados por nuestros países miembros prestatarios— puede proyectarse con razonable exactitud para varios ejercicios.

(7) El ejercicio del Banco Mundial y sus afiliadas abarca del 1º de julio al 30 de junio del año siguiente. Los años indican la fecha de terminación del ejercicio respectivo.

CUADRO VI

Desembolsos netos del Banco y la AIF a los países en desarrollo

(En miles de millones de US\$ corrientes)

	Ejercicios				Ejercicios			
	1968	1973	1978	1983*	1964 a	1969 a	1974 a	1979 a
Banco	0,4	0,7	2,6	5,0	1,7	2,9	9,1	21,6
AIF	0,3	0,5	1,3	2,6	1,3	1,4	5,6	10,5
Total:								
US\$ corrientes	0,7	1,2	3,9	7,6	3,0	4,3	14,7	32,1
US\$ del ejercicio de 1977	1,4	1,9	3,7	5,0	6,3	7,6	15,4	24,0

* Proyecciones preliminares.

Como se puede observar en el cuadro, hace un decenio los flujos netos de capital ascendían a US\$ 700 millones, en tanto que en este ejercicio habrán llegado casi a los US\$ 4.000 millones. En 1983, el total combinado del Banco y la AIF deberá alcanzar un nivel anual de US\$ 7.600 millones aproximadamente.

Por consiguiente, durante el quinquenio que finalice en 1983 el Banco Mundial deberá proporcionar a los países en desarrollo entre US\$ 30.000 y US\$ 25.000 millones de financiamiento neto, del que aproximadamente dos tercios provendrán del Banco y un tercio de la AIF.

El importante aumento de los recursos de la AIF, como resultado de la quinta reposición, nos permitirá hacer una contribución significativa a la aceleración del ritmo de desarrollo de las naciones más pobres, cuya proporción de las transferencias totales de recursos ha sufrido un descenso en años recientes.

Las sumas muy considerables que el Banco prestará a los países en desarrollo durante los cuatro ejercicios próximos deberán ayudar a restablecer un equilibrio más satisfactorio entre el financiamiento de fuentes oficiales y privadas. Esto se aplica especialmente al caso de las naciones en desarrollo de ingresos medios, en las que los préstamos de fuentes privadas han aumentado de manera tan espectacular en el pasado reciente.

Por último, esperamos que la CFI, con su capital cuadruplicado, desempeñará una función catalítica cada vez más importante en lo que se refiere a estimular las inversiones privadas en los países en desarrollo.

Ahora bien, las operaciones financieras del Banco Mundial en el futuro, por importantes que sean, representarán por supuesto solo una parte del esfuerzo mucho mayor de toda la comunidad internacional en pos de los objetivos principales del desarrollo.

La prosecución de esos objetivos exige una movilización sustancial de recursos financieros, pero requiere también un esquema conceptual sólido y un entendimiento claro del efecto de las diferentes políticas nacionales e internacionales en el proceso de desarrollo.

La carencia de un esquema semejante es precisamente uno de los obstáculos que se oponen a un mayor apoyo público al desarrollo y a la elaboración de programas nacionales e internacionales más eficaces en esa materia.

Permítanme que pase ahora a examinar este tema.

VI — MEDIDAS INICIALES PARA LA ELABORACION DE UN "INFORME SOBRE EL DESARROLLO MUNDIAL"

Como ya he mencionado, varios líderes políticos de países desarrollados y en desarrollo recomendaron a comienzos de este año que el Banco Mundial iniciara los trabajos de lo que podría denominarse "Informe sobre el desarrollo mundial", es decir, un análisis amplio de los problemas del desarrollo y de las políticas de los países desarrollados y en desarrollo que influyen en ellos.

Esta propuesta refleja un consenso creciente en todo el mundo respecto de que es preciso un enfoque mucho más eficaz de dichos problemas, y de que un requisito para ello es entender mejor las repercusiones de las políticas internas y externas en los principales aspectos sociales y económicos de los países en sus diferentes etapas de desarrollo.

La turbulencia económica de los cinco últimos años ha sensibilizado a todos los gobiernos al hecho de la vinculación existente entre esos problemas. Pero, comprensiblemente, ningún gobierno está muy seguro de cual sea el mejor modo de proceder. Es evidente la necesidad de una cooperación más estrecha para resolverlos, pero lo que no es tan evidente es qué tipo de cooperación, en qué medida, a qué costo y con qué combinación de políticas.

Es en este contexto en el que el Banco planea iniciar una evaluación progresiva de los problemas del desarrollo. El objetivo será mejorar los conocimientos del propio Banco acerca de los principales elementos del proceso de desarrollo y sus complejas interrelaciones y, de ese modo, formular gradualmente un esquema que pueda ayudar mejor a nuestros países miembros a dirigir ese proceso con más eficacia.

A medida que este trabajo prosiga y que se analicen más aspectos y problemas, puede proporcionar una base permanente para examinar los progresos que se logren en años futuros. El informe se revisará anualmente, según vayan surgiendo nuevos

datos y conocimientos, y se pondrá a disposición de los gobiernos y de los organismos internacionales que corresponda para su discusión.

Debo subrayar que en esta actividad no habrá intento de duplicación de los trabajos de otras instituciones de desarrollo u organismos internacionales, ni de tener prioridad sobre ellos. Muy al contrario, el trabajo del Banco, al igual que en el pasado, necesitará de sus conocimientos especializados y de su asistencia.

Empezaremos modestamente y espero que para julio del año próximo podamos presentar a los directores del Banco un borrador del primer informe. Esto permitiría su discusión en la Junta antes de someterlo posiblemente a la consideración del Comité para el Desarrollo en nuestra próxima reunión anual.

VII — RESUMEN Y CONCLUSIONES

Permítanme ahora que resuma los temas principales a que me he referido y que derive las conclusiones del caso.

Si uno contempla objetivamente el historial económico del mundo en desarrollo durante el último cuarto de siglo, hay que reconocer que es muy notable. Supera al de las actuales naciones industrializadas en cualquier período comparable de su propio desarrollo.

Sin embargo, su tasa media de crecimiento, inesperadamente elevada, oculta diferencias considerables entre los distintos grupos de países.

Las naciones más pobres han logrado tasas de crecimiento que son solo la mitad de las alcanzadas por el grupo de ingresos medios. Impedidas por una grave inferioridad de recursos, esas naciones han sido testigos de un deterioro gradual de su crecimiento, cuando colectivamente abarcan a más de la mitad de la población total del mundo en desarrollo.

Las tasas de crecimiento han sido mejores en los países de ingresos medios, pero también en estos los promedios ocultan unas pautas de distribución del ingreso sumamente desequilibradas. En estos países, al igual que en las naciones más pobres, demasiadas personas no han podido contribuir gran cosa al crecimiento económico ni participar equitativamente de sus beneficios. El desarrollo les ha pasado de largo.

La tragedia de los que viven en la pobreza absoluta es que se ven atrapados por un conjunto de circunstancias sociales y económicas de las que no pueden escapar por su propio esfuerzo solamente. Cientos de millones de estos seres no saben leer o escribir, sufren de grave desnutrición, no tienen acceso a cuidados médicos suficientes, carecen de vi-

vienda adecuada y no tienen trabajo digno de mención. Sus necesidades humanas básicas quedan insatisfechas.

Para estos cientos de millones de personas, el desarrollo ha sido un fracaso, y continuará siéndolo a menos que se ataque directamente y se invierta la dinámica interna de la pobreza absoluta.

Deben conseguirse dos objetivos esenciales: acelerar la tasa de crecimiento económico de las naciones en desarrollo y encauzar una proporción mayor de los beneficios de ese crecimiento hacia los que viven en la pobreza absoluta para ayudarles a satisfacer sus necesidades humanas básicas.

La tarea que aguarda a las naciones más pobres para recuperar sus anteriores tasas de crecimiento del ingreso per cápita va a ser ardua. Solo el volver a alcanzar el nivel medio de 2% que registraron en el pasado exigirá que sus ingresos de exportación aumenten al doble y que la corriente de asistencia oficial para el desarrollo que reciben se incremente en un 50%, en términos reales, en el curso de los próximos ocho años.

Sin estas dos medidas complementarias, las perspectivas de las naciones más pobres —naciones en las que viven más de mil millones de seres humanos— son en verdad sombrías.

Para los países de ingresos medios el panorama es considerablemente más halagüeño, pero tampoco estos podrán acelerar sus tasas actuales de crecimiento si no obtienen mayores ingresos de exportación y no cuentan con acceso continuado al capital.

El incremento necesario de los ingresos de exportación puede lograrse si los países desarrollados hacen concesiones modestas en lo referente a eliminar sus barreras arancelarias y no arancelarias, y si los países en desarrollo reducen sus propias limitaciones a la exportación.

El crecimiento económico es, evidentemente, una condición necesaria del desarrollo, pero no es en sí misma una condición suficiente. Sin crecimiento es poco lo que se puede hacer, pero desgraciadamente es mucho lo que se puede dejar de hacer incluso cuando hay crecimiento.

Esto es lo que ha sucedido en muchos países en desarrollo durante los últimos veinticinco años. Ha habido crecimiento y muy rápido en algunos de ellos, pero no ha ayudado en medida apreciable a salir de la pobreza a los que se encuentran en condiciones de grave inferioridad económica.

Lo que se requiere, por lo tanto, es que los gobiernos de los países en desarrollo adopten políticas que ayuden a las gentes pobres a mejorar su productividad y que les garanticen un acceso más equitativo a los servicios públicos esenciales.

Ahora bien, los países en desarrollo no pueden hacer frente ellos solos a esa inmensa tarea. Necesitarán mayor asistencia por parte de las naciones desarrolladas.

ANEXO I

Corrientes de capital hacia las naciones en desarrollo más pobres y situación de la deuda de estas (a)

(En miles de millones de US\$ corrientes)

	1973	1975 (c)	1976 (c)	1980 (d)	1985 (d)
Déficit en cuenta corriente antes de pagos de intereses ...	1,1	5,6	2,2	4,7	9,2
Pagos de intereses	0,6	0,6	0,7	1,0	1,8
Cambios en la situación de las reservas y la deuda a corto plazo	1,6	-0,4	3,6	2,7	5,5
Total por financiar	3,3	5,8	6,5	8,4	16,5
Financiado mediante capital a plazo medio y largo de:					
Fuentes públicas	3,3	6,3	5,5	8,0	15,8
Fuentes privadas (b)	0,1	-0,5	0,9	0,4	0,7
Total de flujos netos de capital:					
US\$ corrientes	3,4	5,8	6,4	8,4	16,5
US\$ de 1976	6,1	5,8	6,4	6,1	8,6
Deuda pendiente a plazo medio y largo:					
Fuentes públicas	18,1	23,0	26,4	42,3	79,3
Fuentes privadas	3,0	3,4	4,0	5,2	7,0
Total US\$ corrientes	21,1	26,4	30,4	47,5	86,3
Total US\$ de 1976	37,8	26,2	30,4	34,8	45,1
Servicio de la deuda:					
Pagos de intereses	0,6	0,6	0,7	1,0	1,8
Amortización	1,1	1,5	1,4	1,3	2,1
Pagos de intereses como % del PNB	0,8	0,4	0,5	0,4	0,5
Servicio de la deuda como % de las exportaciones	16,7	15,2	14,5	9,6	8,7
Deflactor de precios	55,8	100,7	100,0	136,6	191,5

(a) No incluye a los países exportadores de petróleo (b) Incluye inversiones extranjeras directas. (c) Las cifras relativas a 1975 y 1976 se han obtenido de fuentes del FMI. (d) Los datos correspondientes a 1980 y 1985 representan proyecciones de los déficit en cuenta corriente y los flujos de capital que concuerdan con las proyecciones de los ingresos y el comercio a que se ha hecho referencia anteriormente; no son predicciones de lo que puede ocurrir en la realidad.

La contribución del Banco Mundial solo puede representar, en el mejor de los casos, una parte del esfuerzo más amplio de toda la comunidad internacional. No obstante, esa aportación será considerable; durante los próximos cinco ejercicios el Banco deberá poder proporcionar a sus países miembros en desarrollo entre US\$ 30.000 y US\$ 35.000 millones de financiamiento neto.

Además, el Banco iniciará los trabajos de un análisis detallado de los principales problemas del desarrollo, así como de los costos y beneficios de las diferentes políticas para hacerles frente. El objetivo

de ese "Informe sobre el desarrollo mundial" será ayudar al propio Banco a comprender de manera más cabal la complejidad de esos problemas y, gradualmente, elaborar un esquema que pueda servir mejor a los países desarrollados y a las naciones en desarrollo en la adopción de sus propias decisiones.

En última instancia, el desarrollo es siempre una tarea compleja y dura. En ella, nada es fácil, nada es gratuito y nada está desprovisto de riesgos.

Pero la batalla contra la pobreza absoluta, para satisfacer las necesidades humanas básicas, no puede olvidarse, no puede seguir retrasándose por tiempo indefinido y no puede ser ignorada por un mundo que pretenda perdurar.

ANEXO II

Corrientes de capital hacia los países en desarrollo de ingresos medios y situación de la deuda de estos (a)

(En miles de millones de US\$ corrientes)

	1973	1975 (d)	1976 (d)	1980 (e)	1985 (e)
Déficit en cuenta corriente antes de pagos de intereses..	-1,2	25,4	13,9	14,9	16,0
Pagos de intereses	3,0	5,8	6,8	14,8	29,6
Cambios en la situación de las reservas y la deuda a corto plazo	10,7	-6,7	5,6	8,2	14,6
Total por financiar	12,5	24,5	26,3	37,9	60,2
Financiado mediante capital a plazo medio y largo de:					
Fuentes públicas	4,4	9,8	10,5	15,0	21,8
Fuentes privadas (b)	8,1	14,7	15,8	22,9	38,4
Total de flujos netos de capital:					
US\$ corrientes	12,5	24,5	26,3	37,9	60,2
US\$ de 1976	17,6	24,9	26,3	28,4	32,1
Deuda pendiente a plazo medio y largo:					
Fuentes públicas	24,2	34,8	42,3	82,6	159,2
Fuentes privadas	35,0	58,7	70,2	128,9	251,1
Total: US\$ corrientes..	59,2	93,5	112,5	211,5	410,3
US\$ de 1976	83,1	94,9	112,5	158,3	218,9
Servicio de la deuda:					
Pagos de intereses	3,0	5,8	6,8	14,8	29,6
Amortización	10,2	10,8	11,3	27,7	52,9
Pagos de intereses como % del PNB (c)	0,8	0,8	1,1	1,4	1,3
Servicio de la deuda como % de las exportaciones (c)	17,5	17,2	18,8	23,3	19,5
Deflactor de precios.....	71,2	98,5	100,0	133,6	187,4

(a) No incluye a los países exportadores de petróleo. (b) Incluye inversiones extranjeras directas. (c) Basado en una muestra de veintiséis países cuya deuda representa el 80% del total de la deuda externa de las naciones de ingresos medios que son importadoras de petróleo. (d) Las cifras relativas a 1975 y 1976 se han obtenido de fuentes del FMI. (e) Los datos correspondientes a 1980 y 1985 representan proyecciones de los déficit en cuenta corriente y los flujos de capital que concuerdan con las proyecciones de los ingresos y el comercio a que se ha hecho referencia anteriormente; no son predicciones de lo que puede ocurrir en la realidad.

ANEXO III

Corrientes de asistencia oficial para el desarrollo (AOD) de los países miembros del Comité de Asistencia para el Desarrollo (CAD), como porcentaje del producto nacional bruto (a)

Países	1960	1965	1970	1971	1972	1973	1974	1975	1976	1977	1978	1979	1980
Alemania	0,31	0,40	0,32	0,34	0,31	0,32	0,37	0,40	0,31	0,32	0,32	0,32	0,31
Australia	0,38	0,53	0,59	0,53	0,59	0,44	0,55	0,61	0,42	0,45	0,47	0,48	0,49
Austria	—	0,11	0,07	0,07	0,09	0,15	0,18	0,17	0,10	0,17	0,18	0,18	0,19
Bélgica	0,88	0,60	0,46	0,50	0,55	0,51	0,51	0,59	0,51	0,61	0,64	0,65	0,67
Canadá	0,19	0,19	0,42	0,42	0,47	0,43	0,50	0,58	0,48	0,58	0,61	0,64	0,66
Dinamarca	0,09	0,13	0,38	0,43	0,45	0,48	0,55	0,58	0,58	0,64	0,67	0,70	0,70
Estados Unidos (b)	0,53	0,49	0,31	0,32	0,29	0,23	0,24	0,26	0,25	0,26	0,26	0,26	0,26
Finlandia (c)	—	0,02	0,07	0,12	0,15	0,16	0,17	0,18	0,18	0,17	0,17	0,18	0,20
Francia	1,38	0,76	0,66	0,66	0,67	0,58	0,59	0,62	0,62	0,62	0,62	0,62	0,63
Italia	0,22	0,10	0,16	0,18	0,09	0,14	0,14	0,11	0,16	0,12	0,11	0,10	0,10
Japón	0,24	0,27	0,23	0,23	0,21	0,25	0,25	0,24	0,20	0,26	0,27	0,29	0,30
Noruega	0,11	0,16	0,32	0,33	0,43	0,43	0,57	0,66	0,71	0,87	0,96	0,97	0,98
Nueva Zelanda (d)	—	—	0,23	0,23	0,25	0,27	0,31	0,52	0,42	0,41	0,45	0,48	0,49
Países Bajos	0,31	0,36	0,61	0,58	0,67	0,54	0,63	0,76	0,82	0,97	1,00	1,02	1,03
Reino Unido	0,56	0,47	0,37	0,41	0,39	0,34	0,38	0,37	0,38	0,39	0,37	0,38	0,38
Suecia	0,05	0,19	0,38	0,44	0,48	0,56	0,72	0,82	0,82	0,93	0,97	1,00	1,00
Suiza	0,04	0,09	0,15	0,12	0,21	0,16	0,15	0,18	0,19	0,15	0,16	0,17	0,17
Totales generales													
AOD (miles de millones de US\$, precios nominales)	4,6	5,9	6,8	7,7	8,5	9,4	11,3	13,6	13,7	16,3	18,8	21,5	24,4
AOD (miles de millones de US\$, precios constantes de 1977) ..	12,2	14,1	14,4	15,5	15,8	14,3	14,2	15,1	14,8	16,3	17,4	18,6	19,7
PNB (billones* de US\$, precios nominales)	0,9	1,3	2,0	2,2	2,6	3,1	3,4	3,8	4,1	4,6	5,3	5,9	6,6
AOD como % del PNB	0,52	0,44	0,34	0,35	0,33	0,30	0,33	0,36	0,33	0,35	0,35	0,36	0,37
Deflactor de la AOD (e)	0,38	0,42	0,47	0,50	0,54	0,66	0,80	0,90	0,93	1,00	1,08	1,16	1,24

* billón = 1.000.000 de millones. (a) Las cifras correspondientes a 1975 y años anteriores se basan en datos efectivos. Las de 1976 son cifras efectivas preliminares. Las relativas a 1977-80 se basan en estimaciones de la OCDE y el Banco Mundial del crecimiento del PNB, en información sobre las asignaciones presupuestarias para fines de ayuda y en declaraciones de política en materia de asistencia formuladas por los gobiernos; son proyecciones, y no predicciones de lo que ocurrirá a menos que se adopten medidas no planeadas ahora. (b) En 1949, cuando se inició el Plan Marshall, la AOD de los Estados Unidos constituía el 2,79% de su PNB. (c) Finlandia ingresó al CAD en enero de 1975. (d) Nueva Zelanda ingresó al CAD en 1973. No se dispone de datos sobre su AOD en 1960 y 1965. (e) Incluye el efecto de los cambios de paridad. Los deflatores son los mismos que los correspondientes al PNB.

DECRETOS DEL GOBIERNO NACIONAL

Inversión del encaje legal
sobre depósitos de ahorroDECRETO NUMERO 2176 DE 1977
(septiembre 13)

por el cual se interviene en la actividad de las cajas y secciones de ahorros de los bancos comerciales.

El Presidente de la República de Colombia,

en uso de las facultades que le confiere el numeral 14 del artículo 120 de la Constitución Nacional,

DECRETA:

Artículo 1º El encaje sobre los depósitos de ahorro de las cajas y secciones de ahorro de los bancos comerciales a que se

refiere el artículo 3º de la Resolución 32 de 1972 de la Junta Monetaria, podrá estar representado así:

a) Hasta dieciséis por ciento (16%) en cualquier clase de cédulas hipotecarias del Banco Central Hipotecario.

b) Hasta tres punto cinco por ciento (3,5%) en las operaciones de crédito de que trata el artículo 6º literal b) del Decreto 1730 de 1974 y

c) El cero punto cinco por ciento (0,5%) restante en efectivo.

Artículo 2º La sustitución de la inversión en cédulas hipotecarias que se deriva de lo dispuesto en el literal a) del artículo 1º de este decreto por las operaciones previstas en el literal b) del mismo artículo, se llevará a cabo así:

Dos por ciento (2%) a partir del día 15 de octubre de 1977 y uno y medio por ciento (1,5%) a partir del día 15 de noviembre de 1977.

Artículo 3º Continúa vigente el régimen previsto en los Decretos 1994 de 1972 y 708 de 1976 para los depósitos de ahorro constituidos en las cajas y secciones de ahorro del Banco Popu-